

MAS ALLA DE LA LOCURA

BURTON HARE

Sus dedos acariciaron un pequeño pedazo de papel. Encontró la cinta adhesiva que lo mantenía pegado a la madera y la arrancó con extremado cuidado.

El papel era pequeño, arrancado de una libreta de notas.

También el mensaje era breve:

«Algo terrible está sucediendo. Creo que tengo una pista, aunque sólo parece conducir al espectro del conde Barany. Si las cosas van mal y encuentras esta nota, te deseo mejor suene que la mía».

La firma era de alguien llamado Cecil.

Glenn la leyó dos o tres veces hasta estar seguro de que recordaría cada palabra del mensaje. Luego, le pegó fuego y desmenuzó las cenizas, que hizo desaparecer en el desagüe.



Burton Hare

Más allá de la locura

Bolsilibros: Selección Terror - 103

ePub r1.0
xico_weno 01.09.15

Título original: *Más allá de la locura*
Burton Hare, 1975

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

Capítulo primero

Glenn Farrell miró encantado la antiquísima muestra de la posada. Aquello tenía carácter, pensó. Tal como correspondía a una vieja posada en un rincón perdido de Escocia.

Flotaba una húmeda niebla que le daba más carácter al lugar. Era lo único desagradable porque hacía que uno se estremeciera de frío a pesar de que la estación correspondía a una tímida primavera.

Glenn tomó la maleta que había dejado en el suelo y entró en el viejo edificio. Las paredes del interior eran de madera sobre la que los años habían dejado su impronta de nobleza.

Grandes butacones ocupaban los rincones, había palmeras enanas en grandes tiestos, cortinas y un diminuto mostrador.

Detrás del mostrador, un hombrecillo con cara de pájaro le miraba por encima de unas gruesas gafas de media luna.

—Hola —dijo Farrell, soltando la maleta—. Esto es todo un hallazgo.

—¿Señor…?

—La posada. Este lugar, quiero decir.

—Tiene más de quinientos años, señor.

—No es necesario que lo jure.

—A pesar de eso, señor, todas las habitaciones disponen de baño privado, ¿sabe?

—Espléndido. Tomaré una habitación con ventana a la calle.

El hombrecillo asintió mecánicamente y dio vuelta al libro registro.

—¿Por mucho tiempo, señor? —indagó.

—Aún no lo sé.

—¿Desea rellenar usted mismo el registro, o prefiere que lo hagamos nosotros? En este caso…

—Ya sé, ya sé; el pasaporte y todo lo demás. Prefiero subir a mí habitación enseguida.

Dejó sobre el mostrador su pasaporte americano, y el hombrecillo salió de su refugio llevando una llave en la mano.

La habitación resultó espaciosa, con muros de madera, una enorme cama y una estrecha ventana a través de la cual podía contemplarse las fachadas de las casas del otro lado de la calle, tan viejas como la misma posada.

Glenn gozó de una ducha y después distribuyó su escaso equipaje en el armario empotrado. En el fondo de la maleta reposaba una pesada «Luger» dentro de una funda de cuero. Una vez más pensó que había sido un exceso de profesionalismo cargar con la pesada arma, sobre todo contando con los quebraderos de cabeza que le había producido legalizar su entrada al país.

Fumó un cigarrillo, plantado ante la ventana. La verdad era que después de llegar a Escocia casi hubiera aceptado el trabajo sin cobrar ni un dólar.

La niebla se disipaba ahora, empujada por un ligero airecillo que la barría hacia el mar.

Cuando acabó el cigarrillo abrió la puerta y atisbo a lo largo del pasillo. Estaba desierto y era tal el silencio que reinaba en todo el vetusto edificio, que muy bien hubiera podido estar abandonado.

Cerró silenciosamente y caminó por encima de la alfombra examinando los números de las puertas.

Se detuvo frente a la señalada con el siete y trató de escuchar a través de la madera.

No oyó nada.

Probó el tirador. Éste giró, pero la puerta no se movió en absoluto. Estaba cerrada con llave.

Glenn suspiró resignadamente y de un bolsillo sacó un pequeño estuche de piel. Lo abrió. Estaba repleto de linos instrumentos de acero, de los cuales eligió uno.

La ganzúa apenas si produjo un leve chasquido cuando venció a la cerradura. Rápidamente, Glenn se coló al interior del cuarto sumido en penumbra porque las cortinas estaban corridas.

Cerró a sus espaldas y durante unos instantes permaneció inmóvil. Luego, fue a la ventana y corrió la cortina unas pulgadas, las suficientes para dejar penetrar un poco de luz.

Era una habitación exacta a la suya, limpia y ordenada. El armario estaba vacío y no había trazas de que hubiera sido ocupada

en mucho tiempo.

Sin embargo, Farrell inició un minucioso registro de ella. Pulgada a pulgada examinó los muebles, el suelo, el cuarto de baño; perplejo, se detuvo en el centro del cuarto, mirando a su alrededor en un vano intento de descubrir un lugar que no hubiera mirado aún.

Finalmente, apartó la cómoda de la pared, pero tampoco allí encontró absolutamente nada. Ni siquiera una mota de polvo.

Volvió a colocarla en su lugar y por segunda vez extrajo los cajones vacíos. Había tenido la esperanza de que hubiera algo adherido a la parte posterior de alguno de ellos. Una nota, un mensaje, cualquier cosa que significara una pista.

También por segunda vez se convenció de que nada había allí que pudiera interesarle.

Se disponía a introducirlos otra vez en su lugar, cuando en una súbita inspiración metió primero la mano y tanteó la parte superior del hueco.

Y allí estaba.

Sus dedos acariciaron un pequeño pedazo de papel. Encontró la cinta adhesiva que lo mantenía pegado a la madera y la arrancó con extremado cuidado.

El papel era pequeño, arrancado de una libreta de notas.

También el mensaje era breve:

«Algo terrible está sucediendo. Creo que tengo una pista, aunque sólo parece conducir al espectro del conde Barany. Si las cosas van mal y encuentras esta nota, te deseo mejor suene que la mía».

La firma era de alguien llamado Cecil.

Glenn la leyó dos o tres veces hasta estar seguro de que recordaría cada palabra del mensaje. Luego, le pegó fuego y desmenuzó las cenizas, que hizo desaparecer en el desagüe.

Corrió las cortinas de nuevo, atisbó el pasillo y salió cerrando con cuidado.

En recepción, el mismo individuo que le recibiera leía distraídamente un periódico, cuando él le preguntó:

—Dígame, ¿hay alguna biblioteca en la población?

—¿Una biblioteca pública? Me temo que no, señor.

—¿Dónde podría encontrar una, lo más cerca posible?

—Creo que la más próxima está en Fairvale, a cinco millas de

aquí, señor.

—Aunque estoy de vacaciones no me apetece una caminata semejante. ¿Hay algún medio de llegar a Fairvale y volver en poco tiempo?

—Dos veces por semana tenemos un autocar de línea. Y también podría alquilar un taxi, ¿sabe?

—Claro…

—Si me permite una pregunta, señor. ¿Desea consultar algo particularmente especializado en la biblioteca?

—Nada concreto. Sólo algunos datos históricos sobre Wheaton y sus alrededores. ¿Cómo le dina…? Un poco de historia del color local o algo así, si puede entenderlo.

—Creo que sí. En cuyo caso me permito recomendarle una visita al profesor Keller. Vive a corta distancia de aquí y es un erudito en todo lo que hace referencia a la historia local.

—Profesor Keller, ¿eh? Supongo que será un historiador.

—Realmente, señor, es un hombre sumamente inteligente.

—Creo que aceptaré su sugerencia, amigo. ¿Dónde puedo encontrar al profesor?

—Vive en una casa de madera, al final de esta misma calle, ya en descampado. No puede equivocarse. Está sola y rodeada de un extenso jardín.

—Gracias. Espero que me reciba bien.

Cuando ya se encaminaba a la puerta, el hombrecillo aún añadió:

—Seguro, señor. El profesor es un hombre muy sociable.

Glenn caminó por la calle, donde un sol tímido restallaba contra los cristales ahora que la niebla casi había desaparecido.

Vio la casa del profesor tan pronto hubo dejado atrás los últimos edificios del pueblo. Era grande, bien conservada, y el jardín que la rodeaba mostraba inequívocas señales de unas manos expertas en su cuidado.

Se detuvo un instante junto al poste que sostenía un buzón. Leyó el nombre de Keller y avanzó hacia la puerta.

Se abrió apenas hubo llamado y un hombre de una edad imposible de calcular le miró a través de unas enormes gafas de montura de concha.

—Le vi parado junto al buzón —dijo con una voz seca y firme—.

¿Qué puedo hacer por usted?

—Supongo que es usted el profesor Keller.

—Ciertamente.

—Bueno, me temó que estoy siendo un tanto temerario al robarle parte de su tiempo, pero me han dicho que la única biblioteca digna de tal nombre que hay en Wheaton es la suya.

—Eso es cierto. ¿Desea consultar algún libro determinado? Pero entre… y sea bien venido a esta casa.

—Mi nombre es Glenn Farrell. Acabo de llegar de Estados Unidos. Vacaciones, ya sabe.

—Imagino que encontrará un agradable contraste entre nuestro pequeño mundo y su colosalismo americano…

Cerró la puerta y guió a Farrell hasta una enorme estancia con las paredes recubiertas de estanterías, repletas de libros.

Glenn miró alrededor asombrado.

—¿Es posible que haya leído usted todos estos volúmenes, profesor?

El hombre rió.

—Y más de una vez la mayoría de ellos.

—Es realmente asombroso… Deben tener un valor incalculable…

El profesor se echó a reír.

—Ustedes, los americanos, con su manía de calcular en dólares el valor de todas las cosas. Para mí, el valor de mis libros es imposible de calcular en dinero. Su valor reside en su contenido.

—Claro, claro, disculpe usted, profesor.

—Ha sido un ligero palmetazo en los nudillos tan sólo —rió el anciano—. Y ahora dígame, señor Farrell. ¿Qué es concretamente lo que usted desea consultar?

Glenn miró a la cara del hombre antes de decir:

—Quisiera saber algunas cosas sobre cierta familia noble de la región…

Una chispita de interés centelleó en los ojos vivarachos del científico.

—¿Tal vez se refiere usted a la familia Barany, señor Farrell?

Glenn no pudo ocultar su sorpresa.

—¿Cómo demonios lo adivinó?

—No me tome por brujo, amigo mío. En primer lugar, esa

familia es la única de este condado verdaderamente interesante, hablando puramente de interés histórico. En segundo lugar, y por alguna extraña casualidad, es usted el segundo americano que se interesa por ese tema.

—Es curioso. ¿Quién fue el primero, profesor?

—Se llamaba Cecil Conklin. Estuvo poco tiempo entre nosotros, pero mostró también un desbordado interés por el conde Barany y sus descendientes.

—¿Conklin?

—Un hombre jovial, regordete. ¿Le conoce usted?

—Pues no. Es la primera vez que oigo ese nombre. Pero tiene usted razón… es curioso que dos extranjeros se interesen por un mismo tema en tan poco tiempo.

—Imagino que se debe a lo que ya le dije antes. Que históricamente, es ésa la única familia que ofrece algún interés.

—Entonces, si no le resulta a usted demasiado molesto, quizá quisiera ilustrarme un poco al respecto.

—Por supuesto. No tengo muchas oportunidades de hacer gala de mis conocimientos históricos. ¿Sabe usted? Las gentes de por aquí detestan incluso hablar de los Barany, especialmente del conde, muerto hace centenares de años. Existe una leyenda siniestra a su alrededor, y los lugareños son supersticiosos por naturaleza.

—Está poniéndolo usted cada vez más interesante, profesor.

El anciano señaló una mesita con bebidas.

—Supongo que hará usted honor a nuestro escocés internacional, señor Farrell… ¿Lo prefiere solo o con agua?

—Solo, por favor.

Contempló cómo su anfitrión preparaba dos vasos con una generosa dosis de *whisky* en cada uno. Se admiró de la energía que se desprendía de aquel hombre a pesar de sus años, de su cabello completamente blanco y de los millares de arrugas que surcaban su rostro de piel curtida.

Tomó el vaso que el viejo le ofrecía y murmuró:

—A su salud, profesor.

Saboreó el licor. Era de excelente calidad y así lo hizo constar con unas frases de aprobación.

Keller señaló una butaca y él se hundió en otra.

—Hay que empezar por tener en cuenta que el primer conde

Barany es de origen desconocido, señor Farrell. Es creencia general que se distinguió particularmente en alguna de las muchas guerras que se desencadenaban en aquel tiempo y fue elevado a la nobleza por el rey. El caso es que cuando llegó a este lugar para vivir retirado, era un perfecto desconocido para los primitivos habitantes de Wheaton y sus contornos…

—Es decir, que nadie supo de dónde procedía.

—Según, se desprende de los documentos de la época, llegó procedente de Londres, pero es todo. Sin embargo, hay evidencias documentales de que vivió una gran parte de su vida en el centro de Europa, o en lo que entonces era el centro del continente.

—Sigo sin ver dónde radica la leyenda de que usted habló antes, profesor.

Éste sonrió.

—Bien, el conde Barany estuvo en los Cárpatos, en Hungría… en Transilvania.

Glenn se echó a reír.

—Ya veo. ¡Transilvania! El conde Drácula, los vampiros y todo eso. ¿Es posible que las gentes crean en semejantes absurdos?

—Actualmente, ya casi nadie, pero quedan aún viejas supersticiones, ritos secretos, creencias ancestrales que de alguna manera han pervivido. El conde Barany mandó edificar su palacio, mitad castillo y mitad casa solariega. Organizó la explotación de sus extensas tierras y se volvió a Europa. Casi un año después regresó casado con una bellísima mujer que fue la sensación de todo el pueblo.

—Supongo que ese castillo se conserva aún… ¿O es un montón de ruinas en la actualidad?

—Está bien conservado dentro de lo que cabe. Por lo menos, una parte de él, la que es utilizada. El resto permanece cerrado porque se necesitaría un regimiento de servidumbre para mantenerlo en servicio, y hoy en día los sirvientes cuestan una fortuna.

—Entonces, quiere decir que vive alguien en el castillo.

El profesor asintió con un gesto.

—Sólo desde hace cosa de un año. Estuvo muchos años cerrado… Recuerdo que en mi juventud era lugar de peregrinaje para todos los chicos del contorno, que demostraban su valor haciendo una excursión hasta sus gruesos muros de piedra, o sus

torreones. Yo mismo había subido allá arriba temblándome las piernas, pero con el firme propósito de realizar también mi demostración de hombría y valor… a mis catorce años.

—Comprendo. Cuando yo era chico, en el West Side neoyorquino demostrábamos lo mismo a pedrada limpia, unas pandillas contra otras. No dejábamos un cristal sano en toda la manzana, pero después nos sentíamos orgullosos de nuestro aguerrido valor.

Keller asintió con una leve sonrisa.

—Exactamente —dijo—, todos hemos sufrido esa edad. Bueno, así estuvo el castillo durante generaciones. Hasta que unos descendientes remotos del conde decidieron aprovecharlo y ahí están.

Glenn se disponía a formular una observación, cuando la puerta se abrió y apareció una muchacha.

La observación que tenía en la mente se esfumó como una voluta de humo y quedó sin aliento.

Porque la aparición era realmente algo fuera de lo común. Así que se quedó mirándola subyugado y el silencio reinó en la biblioteca por un tiempo interminable.

CAPÍTULO II

—Lo siento, abuelo —murmuró la aparición—. No sabía que tuvieras visita.

—Entra, querida. Éste es el señor Farrell. Mi nieta, Vicky. El señor Farrell se interesa por nuestra historia local.

—Comprendo… estabas hablándole del conde Barany.

—Ni más ni menos.

Era una muchacha alta y esbelta, con todos los atributos de mujer soberbiamente distribuidos para que nadie tuviera la más mínima duda de su pujante vitalidad.

Su rostro era de trazo suave, aunque sus pómulos un tanto pronunciados le conferían un extraño encanto exótico. Poseía los ojos más negros, profundos y misteriosos que Glenn recordaba haber visto en toda su vida, y en cuanto a sus labios lo único que inspiraban eran unos deseos locos de estrujarlos en la boca de uno hasta exprimirles todo el placer, todo el fuego que insinuaban.

Cuando ella le ofreció la mano y se la estrechó sintió un escalofrío a su tacto cálido, sedoso como la piel de una fruta madura.

—Mi nieta no siente simpatía por las gentes del castillo —rió el anciano, pasándole el brazo por los hombros a la muchacha. Ella refunfuñó:

—Los detesto, y tú lo sabes, abuelo.

—¿Hay alguna razón especial para ese sentimiento?

Ella le miró con el ceño fruncido.

—Bien, no la hay. Por lo menos, nada concreto. Pero no puedo soportarlos. A ninguno de ellos. Afortunadamente, apenas vienen al pueblo y todo eso salimos ganando.

—Temo que vas a crearle un concepto erróneo a nuestro joven visitante, querida —dijo Keller con ironía—. Después de todo, los episodios siniestros de esa familia se remontan a unos cientos de

años atrás.

—Pues los herederos podrían muy bien encajar en aquella época.

—No hablas en serio, querida Vicky —rechazó el viejo con su voz burlona—. Apuesto que si el señor Farrell conociera a esa dama llamada Maguelonne no compartiría tu punto de vista.

Ella soltó un bufido.

—Porque los hombres no ven más allá de sus narices, abuelo, incluyéndote a ti. Si me disculpa, señor Farrell, tengo cosas que hacer.

Salió tan aprisa que ni siquiera le dio oportunidad de replicar a Glenn.

El profesor se echó a reír.

—¿Sabe usted? Uno de los nuevos habitantes del castillo intentó hacerle el amor la primera vez que se tropezó con Vicky… Me temo que salió bastante malparado, el pobre.

—Ya veo. Tiene usted una nieta realmente encantadora, señor Keller.

—En eso estamos en completo acuerdo… ¿Dónde andábamos en la historia de los Barany cuando Vicky nos interrumpió?

—Usted me había contado las hazañas de los chicos, demostrando su heroicidad subiendo al castillo a pesar de su leyenda negra.

—Ajá, una demostración que en aquellos años requería mucho valor. Lo sé por experiencia.

—También dijo usted que los últimos herederos del conde Barany, o de sus descendientes, habían decidido ocupar el castillo hace cosa de un año.

—Así es. Que yo sepa, hay una mujer, una auténtica maravilla. Se llama Maguelonne. Exótica, altiva, la primera vez que estuvo en Wheaton causó una conmoción pública. La otra nunca la he visto, pero tengo entendido que es más vieja. En cuanto a los hombres, he oído decir que hay tres, aunque ignoro todo respecto a éstos. Uno de ellos es joven, se llama Barany de segundo apellido, lo cual demuestra que es un descendiente más o menos directo del primitivo conde…

—¿Y qué hay del espectro, profesor?

La pregunta sonó casi absurda entre aquellas paredes repletas de

sabiduría.

—Señor Farrell —dijo Keller—. Usted ha hablado con las gentes del pueblo antes de venir aquí.

—En absoluto. Recuerdo que alguien dijo algo de un espectro, pero eso es todo.

—Forma parte de la leyenda sórdida del castillo. La mujer que se casó con el conde Barany era, como ya he dicho, una belleza casi increíble. Supongo que debió vivir asediada por admiradores. O quizá fuera una dama ligera de cascos, quién sabe. El caso es que el conde descubrió su infidelidad. Y aquí empieza el misterio. Le aseguro a usted que he buceado en todos los archivos de la época, he consultado millares de documentos… pero no pude hallar nunca un solo dato veraz y concreto sobre lo sucedido en el castillo a partir del día que el noble centroeuropeo descubrió la infidelidad de su esposa la condesa.

—¿Qué pasó, mandó emparedarla, o le cortó la cabeza?

—Ahí radica el misterio. La condesa no volvió a ser vista jamás a partir de aquella fecha. Pero muy pocos días después» el propio conde Barany apareció asesinado. Alguien le había clavado un puñal. El puñal de plata.

—¿Qué es eso del «puñal de plata»?

—Forma también parte de la leyenda, o quizá existió en realidad, es imposible saberlo. Era un puñal de larga hoja de plata endurecida. En la empuñadura había incrustaciones de piedras preciosas, y rematándola, el mayor diamante que la imaginación del hombre ha creado jamás. Un diamante que debería tener decenas de quilates si hay que creer en su extraordinario tamaño.

—Bueno, se me ocurre que lo describe usted como si lo hubiera visto.

Keller soltó una breve risita.

—Lo he visto, mi joven amigo.

Glenn le observó fijamente para asegurarse de que no se burlaba de él.

—¿Usted? —exclamó—. ¿Usted lo ha visto?

El profesor se levantó y acercándose a una de las estanterías eligió uno de los gruesos volúmenes encuadernados en cuero.

Regresó junto a Glenn y tras pasar unas páginas dijo:

—Usted puede verlo también… Allí lo tiene.

Farrell tomó el libro. Estaba impreso sobre un papel recio, amarillento, y los tipos eran de un gótico retorcido y complicado.

La página de la izquierda estaba totalmente ocupada por un grabado circundado por una orla floreada.

El grabado representaba una larga daga de complicada empuñadura, en la cumbre de la cual refulgía un diamante enorme, casi del tamaño de un huevo de gallina.

Tras él, Keller explicó:

—El texto describe el puñal hasta en sus más mínimos detalles. Y ésa fue el arma que acabó con el primer conde Barany. Supongo que en la actualidad, ese muestrario de pedrería, y su diamante, valdrían millones… ¿No lo cree usted así?

—Ciertamente. ¿Qué demonios de idioma es ése, profesor?

—Húngaro, señor Farrell. El libro fue impreso en Hungría.

—¿Quiere decir que la leyenda del conde Barany, nacida en Escocía, hubo de ser impresa y divulgada por los húngaros?

—No olvide que Barany procedía de aquel país, o por lo menos había vivido allí muchos años.

—Sí, claro. ¿Y cómo acaba esa leyenda, con la subsiguiente aparición de los fantasmas del conde y de su esposa?

—No. amigo Farrell. La leyenda dice que el cadáver del conde fue enterrado en la cripta del castillo, un lugar secreto que nadie descubrió jamás. Pero hay evidencias documentales de que a partir de la muerte de los condes, el castillo se volvió insano en extremo. Los sirvientes morían uno tras otro, degollados de un modo horrible. Así fue como la fortaleza fue abandonada… y hasta ahora.

—Pues no es una cosa tan horrible después de todo. He oído de leyendas mucho más siniestras que ésta. Y sobre todo, mucho más sangrientas.

—No me cabe la menor duda. En realidad, yo también he leído historias mucho más tenebrosas, algunas de las cuales le pondrían los pelos de punta a un hombre. Pero lo malo de este asunto, es que las muertes se repitieron incluso después de estar abandonado.

—¿Qué quiere decir?

—Hace cosa de un par de años, un vagabundo se instaló entre aquellas paredes. Halló el castillo abandonado, sin vigilancia alguna… Bueno, lo ocupó sin más. Apareció con la garganta destrozada.

—Una riña entre vagabundos, imagino.

—Tal vez. Sin embargo, unas semanas después, un campesino se refugió en uno de los torreones huyendo de una impresionante tormenta. Al día siguiente fue hallado también con la garganta despedazada.

—Y a los nuevos habitantes del castillo, ¿les ha sucedido algo desde que se instalaron?

—Que yo sepa, no.

—Ya veo. Le confieso que la leyenda del conde Barany no es lo que yo esperaba que fuese. Es anodina… ¿No le parece a usted, profesor?

—De cualquier modo, es todo lo que se sabe al respecto.

Glenn se levantó.

—Ha sido usted extraordinariamente amable y paciente conmigo, profesor Keller. Le quedo muy reconocido por ello.

—Olvídelo. Ha sido un placer poder hablar con un oyente tan interesado como usted. ¿Qué se propone hacer ahora, visitar el castillo?

—Se me ocurre que no habrá nada particularmente interesante allí… excepto esa dama de que ha hablado usted… ¿Maguelonne dijo que se llama?

—Así es. Pero a mí entender resulta inaccesible… Está encaramada en un pedestal demasiado alto, si entiende lo que quiero decir.

—Creo que sí, profesor.

Ya junto a la puerta, Glenn estrechó la firme mano del anciano.

—Le ruego me despida de su nieta, señor. Tal vez volvamos a vemos antes de mi marcha.

—¿Va a permanecer mucho tiempo en Wheaton?

—Aún no lo sé con certeza. El lugar me encanta, de modo que es posible que prolongue mis vacaciones más tiempo del calculado…

Se alejó a través del jardín.

Entonces no necesitaba disimular, y su expresión se volvió ceñuda y preocupada. Había oído una interesante historia, un retazo de folklore local, pero nada que le sirviera de pista para el trabajo que había venido a realizar.

Un conde centroeuropeo, celoso y brutal. Uno de los viejos señores de horca y cuchillo, casado con una mujer demasiado

hermosa. Bueno, pero nada de espectros, nada de misteriosas desapariciones ni apariciones.

Cecil mencionaba en su nota que la única pista que poseía conducía al espectro del conde Barany. Y había consultado al profesor Keller lo mismo que acababa de hacer él.

Y Cecil se había esfumado sin dejar el menor rastro.

De un modo más bien desagradable. Glenn pensó en Cecil como en un hombre tendido sobre una losa de piedra, con la garganta destrozada y todo lo demás.

—Bonita manera de iniciar un trabajo —rezongó, encaminándose hacia la posada.

CAPÍTULO III

El hombrecillo con cara de pájaro seguía detrás de la recepción. Con un gesto amable le devolvió a Glenn su pasaporte.

—Ya no lo necesito, señor Farrell —dijo—. ¿Habló usted con el profesor Keller?

—Por supuesto. Y me dijo que otro americano se había interesado por los mismos temas que yo, hace poco tiempo. Se llamaba Cecil Conklin, según el profesor. ¿También estuvo alojado aquí?

—¿Conklin, señor?

Glenn asintió sin apartar la mirada del hombrecillo.

Al fin, éste cabeceó.

—Sí… ahora recuerdo. Permaneció sólo dos días entre nosotros.

—¿Le indicó usted que hablara con el profesor Keller?

—No, señor. Ni siquiera sabía que hubiera hablado con él.

Farrell arrugó el ceño. Por un instante creyó captar una mirada de temor en los ojillos del empleado. Un miedo profundo que en vano trataba de disimular.

—Me pregunto cómo es posible que ese tal Conklin averiguase la existencia del profesor Keller, si usted no le informó y sólo estuvo dos días aquí. ¿No le parece un poco extraño, amigo?

—No comprendo lo que quiere decir, señor.

—¿De veras no lo comprende?

El hombrecillo sacudió la cabeza de un lado a otro. Estaba cada vez más nervioso, de eso no cabía la menor duda.

Glenn se inclinó un poco sobre el mostrador.

—Voy a decírselo de otra manera —dijo con voz que ya no era amable en absoluto—. Cuando el señor Conklin se marchó, ¿se llevó también su equipaje?

—Por supuesto…

—¿Cuántas maletas?

—Éste… dos, creo.

—¿Con qué se fue, en taxi, a pie, cómo?

—En taxi, señor.

—Con su equipaje.

—Así fue, estoy seguro.

Farrell se echó atrás y encendió un cigarrillo con absoluta calma. El rostro afilado del hombrecillo estaba ahora muy pálido.

De pronto, Glenn le espetó:

—¿Cuántos taxis hay en este pueblo, amigo?

Instintivamente, sin reflexionar, el empleado dijo:

—Tres, señor.

—Tres… y supongo que todos ellos bien conocidos por usted.

Ahora su rostro se volvió gris. Asintió con un gesto, seguramente porque su voz se negó a salir de su garganta.

—Bueno, entonces dígame en cuál de esos taxis se fue… Debe recordarlo perfectamente, ¿no es cierto?

Hubo una pausa prolongada durante la cual Glenn captó perfectamente el miedo que crecía en el hombrecillo. Sus ojos casi giraban en las órbitas cuando balbuceó:

—Era un taxi de Fairvale, señor… Eso es, de Fairvale. Debió llamarlo el señor Conklin por teléfono.

—Ya veo. De modo que un taxi de Fairvale, ¿eh? Bueno, ¿y cuántos laxistas hay en Fairvale?

—Lo ignoro… ¿Por qué me hace tantas preguntas? Yo no sé nada… el señor Conklin se marchó al cabo de dos días de estar aquí y eso es todo. No comprendo qué interés es el suyo en una cosa tan sencilla.

—Tal vez soy un individuo fisgón por naturaleza. ¿No le parece a usted?

Dio media vuelta y se encaminó a la calle. Pero antes de salir aún preguntó, volviéndose a medias:

—Ahora que se me ocurre, amigo. ¿No le preguntó Conklin por una chica llamada Tracey Cobles? También era americana según creo.

Por un instante pareció que el hombrecillo iba a desmayarse. Luego, sacudió la cabeza de un lado a otro y susurró:

—No… no recuerdo que lo hiciera…

Con un gesto burlón de despedida, Glenn salió a la calle y

anduvo recorriendo el pintoresco pueblo hasta el puerto. Gran número de embarcaciones de pesca y de recreo se mecían al compás cadencioso del mar en calma. El aire olía a mar, a sal y a pescado fresco.

La niebla se alzaba mar adentro, aproximándose otra vez a la tierra, densa, gris y sombría cual un sudario.

El puerto era pequeño, y las casas de los pescadores se adherían a la falda de una colina perfectamente fundidas en la piedra, en el paisaje, como si siempre hubieran estado allí formando parte de la ladera igual que las piedras, la tierra y los árboles. Un lugar hermoso, bucólico y primitivo.

Glenn Farrell deambuló unos minutos sin rumbo, sumergido en hondas meditaciones. Poco después, abandonaba el puerto caminando sin rumbo aparente.

Desembocó en una pequeña plaza donde se alzaba una iglesia. Las casas eran también antiguas, aunque grandes y bien conservadas. En los bajos de casi todas ellas se abrían tiendas y comercios.

A un lado, junto a la acera, había tres taxis parados. Los taxistas charlaban agrupados junto al primer coche.

Obedeciendo a una súbita inspiración, Glenn se dirigió hacia ellos, abrió la puerta del primero y se deslizó en el asiento.

El chófer se apresuró a ocupar su puesto y ladeó 4a cabeza.

—¿Adónde, amigo? —preguntó.

—A Fairvale.

—Muy bien.

Arrancó y salió disparado.

* * *

Fairvale era una población importante, de eso no cabía duda. En consecuencia, había también más taxis que en Wheaton.

El chófer que le conducía dijo ante su pregunta:

—Tienen una parada fija en la plaza Nelson, aunque otros prefieren recorrer las calles, o se detienen donde les parece… ¿Qué es lo que desea usted en realidad, amigo?

—Encontrar un taxista que recuerde haber hecho un viaje a Wheaton para recoger a un huésped de la posada.

—¿Cuándo, lo sabe?

—Aproximadamente, dos semanas atrás poco más o menos.

—Bien, lo intentaremos.

En la parada de la amplia plaza Nelson había siete coches en fila. Glenn se apeó y acercándose al grupo de conductores dijo:

—Disculpen… He venido expresamente de Wheaton para hallar a un taxista que haya realizado un viaje desde aquí a la posada La Herradura de Oro, para recoger a un viajero. Un americano. ¿Tal vez fue alguno de ustedes?

Se miraron entre ellos, perplejos.

Uno respondió por todos.

—Desde luego que no, señor. Ninguno de nosotros.

—¿Cuántos taxistas más hay en esta población?

—Ocho.

—¿Cómo podría encontrarlos?

—Cualquiera sabe… aunque tarde o temprano todos acabarán por recalar aquí.

—Lo cual quiere decir que debería esperar algunas horas, ¿no es eso?

—Ciertamente, aunque si usted quiere yo podría preguntárselo a medida que los viera.

Glenn asintió encantado. Sacó unos billetes del bolsillo y le tendió uno de una libra al chófer.

—Ahí tiene, amigo. Llámeme por teléfono a La Herradura de Oro, en Wheaton, cuando haya preguntado al resto de sus compañeros. Mi nombre es Farrell. ¿De acuerdo?

—Así lo haré, no se preocupe.

Glenn volvió a su taxi con la certeza de que ninguno de los taxistas de Fairvale recordaría aquel viaje por la sencilla razón de que no fue hecho.

Cecil Conklin no había abandonado la posada en un taxi de Fairvale… ni de ninguna otra parte.

CAPÍTULO IV

La niebla cayó sobre la carretera cuando casi llegaban a Wheaton. El chófer refunfuñó un juramento y encendió los amarillentos faros antiniebla. Poco después entraban en el pueblo y el coche se detenía frente a la posada.

Una prematura oscuridad se abatía sobre las calles a causa de la niebla y el crepúsculo. Glenn entró en la fonda y se sorprendió al ver a un empleado desconocido detrás del mostrador.

—Soy Farrell —dijo—. Estoy alojado aquí. ¿Dónde está su compañero, el que ocupaba el puesto durante el día?

—Salió, señor Farrell. Si yo puedo ayudarle…

—Quisiera hablar con él. ¿Cómo se llama?

—Nutting, señor. La verdad es que se puso repentinamente enfermo y me llamó para que le relevara antes de la hora debida.

—Lo lamento mucho. ¿Vive cerca de aquí acaso?

El otro titubeó.

—Bien, no está lejos, desde luego. Pero si necesita cualquier cosa yo podría…

—No se trata de ningún servicio, sino de algo que deseo preguntarle a su compañero. Algo importante para mí, desde luego.

—Comprendo. Lo encontrará en Flame Street, el número nueve. Está tocando al muelle, señor.

—Gracias.

Volvió a salir. La niebla se había espesado y no soplaba ni un ramalazo de aire. Las luces de los faroles semejaban halos fantasmales suspendidos junto a las fachadas, amarillentos, cercados por la niebla que impedía esparcirse su luz.

Farrell caminó a buen paso hacia el muelle. La humedad era cada vez más penetrante, y la espesa niebla distorsionaba los sonidos y las formas de un modo sorprendente.

La ronca sirena de un buque sonó entre aquella cortina gris,

honda, ronca, lúgubre como una queja. Cuando cesó, Glenn aguzó el oído al captar otro sonido más próximo.

El sonido de unos pasos que seguían a los suyos.

Repentinamente, todos sus sentidos se agudizaron produciéndole una sensación bien conocida. Apresuró el paso, y el sonido allá atrás se aceleró también.

Llegó al puerto y se detuvo, tendiendo la mirada por entre la niebla hacia las luces de situación de las embarcaciones.

La sirena retumbó otra vez fuera del puerto. Sin duda, un navío que se dirigía al sur en medio de aquel sudario impenetrable.

Tras él, los pasos habían cesado. Atisbó por encima del hombro, pero no pudo distinguir absolutamente nada.

Vio la amarillenta luz de una taberna a su derecha. Se dirigió a ella sin que los pasos se reanudasen en su persecución y entró.

Había algunos pescadores sentados a las mesas, y un hombre rechoncho detrás de la barra. Era una taberna marinera típica que en otras circunstancias Glenn Farrell habría admirado.

Acercándose al mostrador pregunté:

—Por favor, ¿la calle Flame, está cerca de aquí?

El tabernero sonrió.

—Es usted americano, ¿eh?

—Acertó a la primera.

—Nunca me equivoco. Soy capaz de adivinar el origen de cada extranjero que abre la boca en mi establecimiento… De modo que americano, ¿eh? Ha elegido mala época para visitamos… esta niebla, y lluvias… Durarán por lo menos un mes aún.

—No importa, le dan color local al pueblo. La calle Flame, por favor, ¿sí?

—Seguro… Es la primera que hay saliendo a la izquierda… Tiene un farol en la esquina, pero me temo que apenas si servirá para nada.

—Gracias.

Salió antes que el gordo se lanzara a otra perorata.

Efectivamente, el farol que luchaba con la niebla en la esquina no servía para maldita cosa. La calle Flame era un pozo oscuro y tenebroso en el que uno no hubiera podido ver ni su propia mano.

Glenn se detuvo en la esquina y escuchó. Le pareció oír un roce muy próximo. Sus nervios dieron un tirón y se pusieron tensos.

Cautelosamente se alejó de la pobre luz del farol sin penetrar por ello en la negra boca que era la callejuela. Oía ahora el lento chapoteo del agua contra el malecón, y los crujidos de los cascos de madera de las barcas, y algún que otro golpe sordo de las cascos contra los protectores.

Y entonces se produjo el ataque.

La forma fantasmal surgió a sus espaldas como un proyectil lanzado por una catapulta. Glenn ni siquiera lo vio hasta que lo tuvo materialmente encima. Entonces esquivó velozmente, pero no pudo evitar el tremendo impacto de aquel cuerpo, aunque sí se salvó de la cuchillada. Vio apenas la hoja de acero al centellear muy cerca de su costado y dio otro salto atrás, recobrando el equilibrio.

Oyó el jadeo del otro, una vaga forma imprecisa agazapada frente a él.

—Parece que alguien empieza a inquietarse —rezongó.

De nuevo, el cuchillo describió un arco, buscándole como un mortecino rayo de luna entre la bruma. Ahora, Glenn salló de costado, disparó un puntapié con todo su ímpetu y algo chascó.

Hubo un sordo quejido y luego el sonido del metal contra el suelo. Su atacante estaba ahora desarmado.

—Así nos entenderemos en mi terreno, compañero —dijo Farrell en voz alta.

Lanzó la zurda de abajo arriba, apenas sin ver. Sus nudillos se estrellaron contra algo duro y sonó otra queja y la forma oscura y fantasmal de su adversario desapareció una vez más al retroceder.

—£in una herramienta en la mano eres una nulidad, por lo que estoy viendo…

Avanzó guiándose por el oído. El otro jadeaba ahora con dolorosa violencia, seguramente a causa del dolor que le producía su muñeca, quizá roto por el tremendo puntapié.

—No hables tanto, amigo —dijo Glenn—. Aprendí muchos trucos siendo aún un crío, en la peor escuela de Nueva York. El West Side… ¿Sabes dé lo que te estoy hablando?

Los pasos se alejaron ahora hacia su izquierda. Dio un gran salto y atrapó al otro por la espalda, pero el tipo se escabulló una vez más.

Glenn comenzaba a enfurecerse. Siempre le ponía furioso que alguien tratara de abrirle en canal con un cuchillo.

De modo que atrapó a su adversario una vez más, y en esta ocasión lo hizo brutalmente, empleando uno de los sucios trucos de los peores barrios neoyorquinos.

El tipo emitió un aullido al notar que sus pies perdían contacto con el suelo. Glenn le volteó aún y luego descargó un trallazo capaz de partir una tabla de madera.

Al desconocido no supo si lo había partido por la mitad o no. Oyó un angustioso gruñido, un grito después, y finalmente un violento chapoteo en el agua.

Estupefacto, tanteó con los pies la oscuridad. Por poco no se zambulló también en las quietas aguas del puerto.

De modo que el adversario estaba tomando un frío baño. Trató de oír sus brazadas al nadar, o el chapoteo de alguien que lucha por volver a tierra.

Finalmente oyó lo que esperaba. El tipo nadaba alejándose cada vez más, firme y rítmicamente. Después, el ruido desapareció y sólo quedó el rumor del mar y los barcos amarrados.

Regresó sobre sus pasos hacia la calle que había venido a buscar. Casi agotó la carga de gas del mechero para distinguir los números de las casas.

El número nueve apareció al fin. Había un portal bajo, con una puerta de rugosa madera vieja. La empujó antes de llamar y la puerta giró con un largo Chirrido.

—Nutting —llamó—. ¿Está usted ahí?

Nadie respondió, de modo que dio un par de pasos adentrándose en la profunda negrura de la casa.

—¿Nutting? —repitió.

Tanteó la pared en busca de la luz. Cuando al fin pudo hallar el conmutador le dio vuelta y una lámpara de techo se encendió, mostrándole una estancia de reducidas dimensiones.

Había un sofá, una butaca, una mesita muy baja cubierta de revistas atrasadas y un televisor empotrado en una librería de estantes casi vacíos.

—¡Nutting! —Llamó una vez más—. Soy Farrell. ¿Dónde está usted?

Tampoco hubo respuesta alguna, así que ya tranquilizado, Glenn decidió dar un vistazo a la vivienda del hombrecillo asustado.

Sólo que en el dormitorio quien se asustó fue él.

Nutting yacía atravesado en el lecho y de su garganta tan sólo quedaba un rojo cuajaron de sangre.

CAPÍTULO V

Nunca supo cuánto tiempo permaneció inmóvil, mirando el horrendo espectáculo de aquella garganta ensangrentada.

En cualquier caso, fue bastante después cuando el ojo experto de Glenn comenzó a advertir algunas circunstancias espeluznantes en ese crimen.

En primer lugar, se dio cuenta de que aquella herida no había sido causada por ningún cuchillo. No le habían degollado, eso era indudable.

Más bien parecía…

Farrell sintió un escalofrío al pensar en ello.

Parecía como si el cuello del hombrecillo hubiera sido desgarrado por unos colmillos feroces, destruyéndolo casi por completo.

Luego, había otra circunstancia espeluznante, y era la sangre.

Una herida semejante debiera haber inundado la cama, empapado las ropas por completo.

Sin embargo, sólo había una pequeña mancha debajo de la cabeza y eso era todo. Parecía como si el asustado hombrecillo apenas hubiera tenido sangre en las venas, ni más ni menos.

Glenn se acercó al cadáver con un ligero temblor en las piernas. Rodeó el lecho y miró al suelo. No había ni el menor rastro de sangre allí, pero podían haberlo matado en otra parte, en el baño por ejemplo.

Lo buscó. El cuarto de baño era pequeño y estaba perfectamente limpio.

En unos minutos hubo recorrido el resto de la vivienda.

La única sangre que había en ella era la que estaba bajo la cabeza del cadáver.

Glenn permaneció pensativo unos instantes y luego se dirigió a la puerta tras apagar la luz. Cerró con cuidado y se hundió en la

niebla.

El empleado de la posada dio un respingo cuando le vio.

—Señor Farrell, ¿esperaba usted una llamada telefónica de un taxista de Fairvale?

—Así es.

—Acaba de llamar hace unos minutos. Dijo que ninguno de sus compañeros había realizado el viaje que usted indicó. Insistió en que le asegurase que ningún taxi de Fairvale había venido a Wheaton para recoger un pasajero en esta posada.

—Muy bien, era lo que suponía. Gracias.

—Un momento, si me permite, señor Farrell…

—¿Sí?

—¿Por qué huésped se interesaba usted?

—Por un hombre llamado Cecil Conklin. ¿Lo recuerda?

—Por supuesto.

—¿Y no se fue en un taxi de Fairvale?

El hombre pareció sinceramente sorprendido.

—En absoluto, señor —dijo—. Ni siquiera vino a recoger personalmente su equipaje. Mandó a alguien del castillo cuando decidió aceptar una invitación de los miembros de la familia Barany.

—Vaya, oso es nuevo para mí.

—¿Quién le dijo a usted que se había ido en un taxi?

—Eso apenas importa ahora. De modo que envió a un empleado de los Barany para que recogiera su equipaje…

—Sí, señor.

—¿Y su cuenta, cómo la abonó?

—El mismo sirviente del castillo se hizo cargo de ella.

—Claro, debió ser así para… Oiga, ¿conocía su compañero Nutting a esas gentes del castillo?

—No lo sé. Por cierto, ¿ha podido usted hablar con él?

—No estaba en casa. Llamé varias veces, pero nadie respondió. Habré de esperar a mañana para verle.

—Es extraño, ¿sabe? Nutting es un hombre más bien retraído. Alardea de su falta de amistades. Le gusta vivir solo. No puedo imaginar dónde puede haber ido en una noche como ésta… En fin, allá él. ¿Desea usted algo más, señor Farrell?

—Ciertamente, me gustaría saber algo de otra persona que se

alojó en esta posada hace algún tiempo. Era una mujer y se llamaba Tracey Cobles.

—¡La señorita Cobles…! Sí, estuvo casi dos semanas aquí. Luego desapareció.

Farrell enarcó las cejas.

—¿Qué quiere decir con que desapareció?

—Simplemente eso: Desapareció por completo. Estuvimos unos días sumamente preocupados, hasta que llegó un telegrama desde Londres… La señorita Cobles nos daba una dirección de la capital para que le mandásemos su equipaje a ella y nos anunciaba el envío de fondos para cubrir el importe de su cuenta. El dinero llegó al día siguiente y nosotros remitimos su equipaje. ¿No le parece a usted una conducta muy irregular? Claro que las muchachas de hoy en día actúan del modo más irresponsable, pero la señorita Cobles opino que batió todos los récords…

—Tiene usted mucha razón.

Glenn deseaba que el hombre siguiera hablando. Por primera vez hallaba una verdadera fuente de información, y aún a riesgo de delatarse, preguntó:

—¿No volvieron a saber de ella?

—En absoluto. Recuerdo que hubo algunos telegramas a su nombre, procedentes de Estados Unidos, pero eso fue todo. Los devolvimos con la indicación de que dicha señorita ya no estaba entre nosotros.

—¿Sabe si por casualidad Tracey Cobles tuvo alguna relación con la gente que habita el castillo?

—Lo ignoro, señor. Yo la veía muy poco debido a mí turno de noche.

—Claro, claro… Ha sido usted muy amable, gracias.

Subió a su habitación y cerró la puerta por el interior. Tras esto, sacó la maleta y de ella la pesada automática «Luger». Comprobó que la dotación de nueve cartuchos estuviera en condiciones y luego sujetó la funda a la axila.

Volvió a ponerse la chaqueta y apagando la luz descendió las escaleras. Esta vez, el empleado no estaba detrás del mostrador, así que salió silenciosamente y sumergiéndose en la niebla se orientó hacia el muelle nuevamente.

De pronto, en medio del denso silencio nocturno, agudizado por

el espesor creciente de la niebla, una campana rompió a tañer desesperadamente. Era una llamada impaciente y Glenn se detuvo, escuchando.

Oyó abrirse y cerrarse numerosas puertas, y gritos y carreras de la gente que se lanzaba a la calle.

Sombras fugaces cruzaron ante él a todo correr. De un salto logró atrapar a una de aquellas sombras y exclamó:

—¿Qué diablos ocurre?

—¿Es que está sordo? ¡Fuego, hay fuego en alguna casa!

El individuo se desprendió de un tirón y echó a correr.

Farrell decidió seguirle. Todo el mundo parecía dirigirse a la plaza que ya conocía, pero antes de llegar a ella distinguió un halo rojo que circundaba la niebla hacia el sur.

Repentinamente, Farrell sintió un escalofrío. Aquélla era la dirección de la casa del profesor Keller.

Se lanzó calle abajo volando materialmente.

Cuando estuvo más cerca vio el incendio. La casa del profesor ardía por sus cuatro costados. El rugido de las llamas ahogaba cualquier otro rumor, hasta los gritos desesperados de la gente y el tañer apremiante del campanario.

Farrell sólo titubeó un instante. Inmediatamente se lanzó a través del jardín. Parte de la fachada se derrumbó esparciendo un infierno de chispas. Varió de rumbo para huir del calor infernal de aquella parte de la casa.

En la fachada lateral, las llamas brotaban por cada ventana como seres vivos y angustiados en busca de la libertad. A su resplandor, podía contemplarse parle del interior de la vivienda convertida en un infierno.

Glenn descubrió algo más.

Al profesor Keller, sentado sobre la hierba, a cierta distancia. Estaba inmóvil, encorvado, cubriéndose la cara con las manos. Sus hombros se estremecían espasmódicamente.

—¡Keller! —exclamó—. ¿Está usted bien? El anciano ni siquiera levantó la cabeza, sólo esbozó un breve gesto de asentimiento.

—¿Y su nieta, dónde está, profesor?

El viejo ni siquiera pareció oírle. Farrell le zarandeó.

—¡Vicky! ¿Dónde está ella, profesor?

—No… no estaba en casa… Fuera…

—Pero ¿está bien?

—¡Déjeme!

—¿Dónde está su nieta? —insistió—. ¡Maldita sea, hombre, reaccione!

—Está a salvo…

Glenn suspiró, aliviado.

De pronto, Keller levantó la cara y le miró con ojos desorbitados, cual si le viera por primera vez o estuviera mirando al mismísimo demonio.

—Usted… —jadeó—, usted… Farrell…

—En efecto, soy Farrell. ¿Qué le ocurre, cómo empezó el incendio?

—¡Váyase de aquí! —Estalló el viejo, levantándose iracundo—. ¡Márchese… y no vuelva!

Estupefacto. Farrell buscó una réplica, una frase cualquiera.

Pero entonces el anciano le empujó brutalmente y tambaleándose se fue hacia donde las gentes habían organizado su inútil lucha contra el fuego.

Tras unos instantes de incertidumbre, Glenn le siguió. Cuando volvió a ver al anciano, éste era atendido por un grupo de mujeres, mientras los hombres se es forzaban por arrojar la mayor cantidad de agua posible hacia la casa.

Farrell se mezcló con la multitud, escrutando cada rostro de mujer, pero no pudo descubrir el menor rastro de Vicky Keller.

Cuando intentó acercarse al profesor comprobó que éste había desaparecido. Después supo que una familia del pueblo le había obligado a seguirles para que descansara en su casa.

Cuando ya se retiraba del escenario del drama, Glenn vio al laxista que le había conducido a Fairvale.

—Una buena antorcha, ¿no le parece? —comentó, ofreciéndole un cigarrillo.

—Oh, hola, señor. En efecto, nunca había visto un incendio tan rápido y destructor como éste.

Ambos encendieron los cigarrillos y Farrell indagó:

—¿Conoce usted a Vicky Keller?

—¡Ya lo creo! Una chica deliciosa… ¿Le ha sucedido algo?

—No, no; el profesor me dijo que ella estaba a salvo, pero no he podido verla por ninguna parte. Pensé que quizá había salido del

pueblo en alguno de los taxis.

—Estoy seguro de que no lo hizo, por lo menos en un taxi. Mis compañeros han estado la mayor parte del tiempo en la parada. Quizá se ha refugiado en alguna casa.

—Eso debe de haber ocurrido, seguro. Oiga, ¿qué distancia hay hasta el castillo?

El taxista le miró de través.

—¿Pretende ir allí, señor?

—En todo caso, mañana. Me gustaría verlo.

—Hay como un par de millas, montaña arriba. El castillo está en lo cima de un acantilado que mira al mar. Por un momento temí que quisiera ir allí en mi taxi…

—¿Lo temió?

—Mire, no me gusta andar con rodeos. El castillo es el único lugar al que no iré mientras pueda evitarlo.

—Sorprendente… ¿Por qué no? Y no diga que cree usted en fantasmas y cosas así.

—Yo sólo croo lo que puedo ver, pero el castillo me produce escalofríos.

—Pero ahora vive gente en él, ¿no es cierto?

—Eso no cambia nada. Tal vez lo empeora, si entiende lo que quiero decir.

—Francamente, ni una palabra.

El chófer arrojó el cigarrillo con un gesto impaciente.

—Todos son extranjeros —dijo a regañadientes—. Tipos muy extraños a mí modo de ver. No aceptan relación con nadie… sólo uno de los sirvientes baja al pueblo una vez por semana para hacer sus compras y luego ya ninguno de ellos aparece. Y la mujer… ¡Hombre, no puede ser real! Es demasiado bella…

—¿La ha visto usted?

—Sólo una vez. Y le aseguro que nunca en su vida ha visto usted otra parecida.

—Eso en sí no creo que sea malo.

—No lo sería… sí ella fuera una mujer simplemente hermosa… pero se desprende una extraña sensación de toda ella. Es algo sobrenatural, se lo digo yo…

—Creo que es usted muy supersticioso, amigo.

—Piense lo que quiera. No me avergüenza confesar que la sola

proximidad del castillo me produce vértigo.

—Así que no me llevaría usted allí si yo se lo pidiera.

—Lamentándolo mucho, no, señor.

—Bien, gracias de todos modos.

—Realmente, ¿piensa ir allí… ahora, de noche, y con esta condenada niebla?

—Olvídelo. Era sólo una manera de hablar.

Se alejó, bajo la mirada asombrada e inquieta del taxista.

Para entonces, la casa que fuera del profesor Keller era sólo un montón de ruinas llameantes. No había quedado de ella absolutamente nada. Su maravillosa biblioteca había sido reducida a cenizas…

CAPÍTULO VI

El castillo se alzaba sombrío y misterioso sobre un escarpado risco que descendía a plomo sobre el mar.

Por la parte de tierra, y por lo poco que podía ver en la oscuridad, su aspecto era menos impresionante. Era como si se hubiera intentado que fuera sólo fortaleza medieval en el ala que daba al mar, mientras el resto fuera construido como residencia palaciega.

Envuelto en la niebla, Glenn miró hacia las altas torres de sólida piedra. Oía el lejano canto del mar allá abajo, con el violento batir de las olas contra el acantilado.

Por lo demás, muy bien hubiera podido encontrarse en un mundo muerto a juzgar por el silencio y la ausencia de vida que le rodeaba.

La tierra en torno a la colosal fortaleza era estéril, rocosa, con formas atormentadas. Los árboles que crecían en las laderas tendían hacia la niebla sus ramas como brazos suplicantes.

Con cierta cautela, fue rodeando la fortaleza hasta que vio luz en una ventana alta. Todas las demás estaban a oscuras y firmemente cerradas.

Quince minutos más tarde había rodeado la inmensa mole pétrea, convenciéndose de que no había un solo agujero por el que penetrar en ella. Las poternas de hierro estaban enmohecidas y cerradas. Las ventanas bajas permanecían asimismo herméticamente cerradas y estaban protegidas por gruesas rejas de hierro.

Glenn sentía la humedad penetrarle hasta los huesos. Se recostó contra una enorme roca y tanteó los bolsillos en busca de un cigarrillo.

Antes de que lo encendiera vislumbró una mancha blanca moviéndose casi en la esquina del torreón más próximo, entre la

fortaleza y el acantilado.

Se enderezó, asombrado. Aquella cosa blanca se detuvo unos instantes pegada al muro. Luego retrocedió poco a poco.

Deslizándose como una sombra, Glenn empezó a acortar la distancia que le separaba de la aparición. Sólo que mucho antes de que pudiera llegar lo bastante cerca para verla con detalle, la aparición dobló la redonda base del torreón y desapareció, pero no antes de que Farrell distinguiera una flotante túnica blanca y etérea como un jirón de niebla.

Entonces corrió hasta el muro de piedra, lo rodeó… y se quedó helado.

La cosa blanca ya no estaba allí. Era como si se hubiera desvanecido en el aire.

Estaba seguro de haber visto una túnica de seda flotando al aire. Y bajo una túnica sólo puede haber una mujer…

Y una mujer a semejantes horas de la noche, en medio de la niebla, y vagando sola por el peligroso terreno que bordeaba el acantilado no dejaba de ser sorprendente.

Glenn dedicó los siguientes diez minutos en reconocer los alrededores, examinando el muro piedra por piedra. No había un solo lugar por donde la mujer hubiera podido desaparecer.

Temió que se hubiera despeñado por el acantilado, pero para ello habría debido apartarse mucho de la fortaleza, y en todo el tiempo que pudo observarla ella se había mantenido muy cerca de los muros.

Más asombrado a cada instante, Farrell decidió dar un paso más en su investigación. Eligió una de las más sólidas ganzúas de su estuche y situándose junto a una poterna de hierro tanteó la antigua cerradura.

Fue imposible moverla siquiera. Debía estar repleta de óxido solidificado y a menos de romperla violentamente no había manera de abrirla.

Desistió de su intento y guardó la ganzúa.

Entonces, el aire pareció cobrar vida junto a su oído.

¡Abre, abre!

Giró como un rayo, estupefacto.

No había nadie junto a él.

Claro que ni siquiera estaba seguro de haber oído aquella voz.

Podía haber sido efectivamente el rumor del viento… si hubiese soplado viento.

La niebla flotaba, espesa, inmóvil, sin que el menor soplo de aire la moviera. Era una noche fría y quieta.

¡Abre, abre!

De nuevo la sensación, y esta vez seguro de que las palabras habían sido pronunciadas.

Sintió que todo su cuerpo se estremecía. Por un instante pensó que las palabras habían sonado dentro de su propio cráneo, no a través de los oídos.

Perplejo, sacudió la cabeza para aclararla del aturdimiento. Se había dejado influenciar demasiado por el relato del profesor y los absurdos temores del taxista. Ahora pagaba las consecuencias.

No obstante, volvió a examinar la cerradura.

Desde luego, ni siquiera con la llave correspondiente podría abrirse aquella puerta. Sin la menor duda el interior de la cerradura era una masa oxidada que no debía haber sido removida durante centenares de años.

Cuando se irguió estaba seguro de que resultarían inútiles todos los intentos. Sin embargo parecía como si una fuerza misteriosa y superior a su propia voluntad le empujara a intentarlo una vez más a pesar de saber que sería inútil.

Al fin retrocedió apañándose del muro. Miró en torno, pero por enésima vez se convenció de que estaba absolutamente solo allí.

Al fin, caminando a buen paso, emprendió el casi invisible camino de regreso a Wheaton. Ahora sabía que era imposible penetrar al castillo sin ser visto. La única manera era por la puerta principal, y presentándose abiertamente.

Al llegar al primer recodo del camino se volvió.

Ya no se distinguía la masa siniestra del castillo.

Pero había una imagen blanca destacándose en la niebla, justo donde se iniciaba el camino.

La misma forma envuelta en una túnica que viera antes.

Sólo estaba allí, rígida, casi transparente. Farrell se maldijo por el repentino temor que le asaltó. Pero a su pesar volvió atrás dispuesto a aclarar el extraño misterio.

Apenas había dado tres pasos hacia ella cuando la aparición se esfumó definitivamente.

Fue algo increíble. Simplemente, un segundo antes estaba allí, y después ya no podía verla…

Glenn se preguntó si estaría volviéndose loco. Apresuró el paso cuesta abajo y trató de olvidar la blanca aparición para concentrarse en su problema…

Cuando llegó al pueblo, las gentes aún estaban en la calle comentando el voraz incendio que había destruido la residencia del profesor y de su nieta.

* * *

Despertó cuando ya el sol peleaba a brazos partido para abrirse paso por los últimos jirones de niebla.

En los primeros instantes no supo si había soñado el episodio del castillo o si realmente lo había vivido.

Luego, recordó y de nuevo le asaltó la duda de cuanto viera.

Se vistió completamente decidido a enfrentar el problema cara a cara. Ya había perdido demasiado tiempo…

Llamaron a la puerta cuando acababa de enfundar su pesada pistola automática. Tras abrocharse la chaqueta se acercó a la puerta y la abrió.

Vio a un corpulento agente de policía que le miraba con el ceño fruncido.

—¿Es usted el señor Farrell? —le espetó el guardia.

—Seguro. ¿Qué ocurre?

—Le ruego que sea tan amable de acompañarme abajo, por favor.

—Con mucho gusto.

Siguió al guardia de uniforme hasta el vestíbulo.

Allí había otro policía uniformado y un hombre pulcramente vestido de oscuro. Más allá del mostrador estaba el empleado con el que hablara la noche anterior.

—¿Es éste? —preguntó el hombre vestido de oscuro.

El empleado cabeceó.

Glenn dijo:

—¿Puedo saber qué está pasando aquí?

—Por supuesto. Soy el inspector Longes, de Fairvale. He sido llamado esta mañana a causa de un desagradable suceso.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

—El suceso a que me refiero es un asesinato brutal y salvaje, señor Farrell… la víctima era el otro empleado de la posada, por cuya dirección se interesó usted anoche.

—Ya veo…

Según mis noticias, usted fue a la casa de Nutting, anoche.

—No creo que eso sea ningún misterio. Se lo dije a ese hombre cuando regresé —señaló al empleado, que asintió con un gesto, y añadió—: Le dije que había llamado a la puerta de Nutting sin resultado. De modo que me volví sin haberle visto.

—No hay duda de que pensaba usted discutir con él algo muy importante para que se tomara la molestia de ir a visitarle a su domicilio, en lugar de esperar hasta hoy, cuando Nutting debía haber comparecido al trabajo.

—Era importante sólo para mí.

—Deje que eso lo juzgue yo, ¿no le parece, señor Farrell?

Glenn suspiró resignadamente.

—De acuerdo, se lo diré. ¿Dónde podríamos hablar con cierta… independencia?

—Hay un saloncito al otro lado de esas cortinas.

Siguió al inspector, que debía conocer el terreno que pisaba porque se dirigió casi a tientas hacia donde estaban las cortinas. Las apartó, dejando entrar la luz cada vez más viva del exterior.

—Y ahora, señor Farrell, si es tan amable…

—Vine de Nueva York para encontrar a una muchacha desaparecida. Más concretamente, vine porque mi socio se esfumó también cuando estaba trabajando en este caso.

—¿Le importaría ser un poco más conciso, por favor?

—Oh, está bien. Soy detective privado, establecido en Nueva York, tengo un socio que se llama Cecil Conklin y que fue quien vino a este país tan pronto nos contrataron para localizar a una muchacha desaparecida. Sólo que Conklin tropezó con muchas dificultades para su labor. Envió un mensaje diciendo que el trabajo iba a prolongarse más de lo que había sospechado por causas tan extrañas que él no podía comprenderlas. Después de eso, ya no hubo más noticias —terminó, omitiendo deliberadamente la nota encontrada en la cómoda de la habitación que ocupara su socio.

—Me sorprende mucho que nosotros no ténganlos la menor denuncia de esas desapariciones… ¿Cómo se llamaba esa señorita,

señor Farrell?

—Tracey Cobles. Cuenta veintitrés años, es universitaria y estaba realizando un viaje de placer por las tierras de donde partieron sus antepasados. Creo que preparaba una tesis para presentarla como trabajo en su doctorado.

—¿Y nadie denunció a la policía local que había desaparecido?

—Oficialmente, no desapareció. Simplemente, se marchó por su propia voluntad, aunque de un modo sorprendente, para decir lo menos.

—¿Habló con el empleado ahora muerto de este asunto?

—Con él y con el que ahora ocupa su puesto. Nutting me mintió y estaba asustado, de eso estoy seguro.

—¿Dice usted que le mintió?

—Sin la menor sombra de duda. Le contó lo que el hombrecillo le dijera sobre Conklin y Tracey Cobles.

Al final añadió:

—Ahora, pregúntele a ese hombre de allí fuera y se convencerá.

—Espere aquí, por favor.

Al quedar solo, Glenn encendió un cigarrillo. Minutos después, el policía estaba de regreso.

—Ciertamente, parece que el pobre Nutting no le dijo la verdad. Están sucediendo cosas muy extrañas de un tiempo a esta parte, y ahora sólo faltaba la desaparición de esas personas y la muerte del empleado.

—Y el incendio. ¿No le han hablado de ello?

—Oh, sí. Parece que fue todo un espectáculo. ¿Qué averiguaciones ha realizado usted hasta ahora?

—Puede decirse que apenas he empezado. Comprobé que la declaración de Nutting era falsa al afirmar que se había marchado en un taxi de Fairvale yendo allí e interrogando a los taxistas. Luego, el empleado de ahí fuera me dijo que mi socio había decidido instalarse en el castillo del conde Barany y me proponía ir allí esta mañana.

—Le ruego que me mantenga informado al detalle de cuanto averigüe, señor Farrell. Personalmente no puedo ocuparme de la búsqueda de esas personas a menos que se presente una demanda en regla. Además, mucho me temo que ese asesinato va a mantenerme ocupado durante un tiempo… para nada.

—¿Por qué para nada?

—Por la manera como le mataron. Un asesinato sucio, salvaje… Idéntico a dos más ocurridos en el castillo antes de ser nuevamente habitado. Ninguno de aquéllos fue aclarado.

—Ya veo.

—Supongo que no se marchará usted sin advertírmelo, señor Farrell.

—No pienso irme hasta aclarar el misterio de esas desapariciones, inspector. Me mantendré en contacto con usted siempre que tenga algo realmente interesante de qué informarle.

—Eso espero…

El policía se despidió apresuradamente y Glenn quedó otra vez solo.

Desayunó en un pequeño bar. Luego, cuando el sol había ganado la batalla a la niebla, emprendió la ascensión al castillo del misterioso conde Barany.

CAPÍTULO VII

El pesado portalón se abrió con un chirrido. Glenn contempló la cabeza rapada del hombre que sostenía la enorme puerta claveteada. Era un individuo de rostro pálido e inexpresivo, con ojos pequeños y muy juntos sobre una nariz afilada.

—Deseo hablar con el propietario del castillo —le espetó—. Me llamo Farrell.

—¿Se refiere usted al conde Barany, es a él a quien desea ver?

Por un instante, Glenn se sorprendió ante aquel nombre, hasta recordar que el profesor aseguró que uno de los nuevos propietarios del castillo se llamaba también Barany.

—En efecto, a él me refiero.

—Temo que no podrá ser, señor. El conde jamás recibe a nadie que él no haya llamado previamente.

—Estoy seguro que en este caso hará una excepción. Dígale que deseo hablarle de Cecil Conklin.

El hombre titubeó. Vacilación que Glenn aprovechó para pasar junto a él y colarse en el descomunal vestíbulo.

Se le antojó tan grande como una catedral.

El sirviente rezongó:

—Le ruego que aguarde aquí, señor… Atravesó la enorme estancia y desapareció tras una alta puerta de madera tallada.

Glenn encendió un cigarrillo y examinó las grandes pinturas que colgaban de las paredes. En su mayoría eran cuadros antiquísimos, representando a hombres de distintas épocas.

También había polvorientos tapices, y el suelo era de madera gastada por el tiempo.

El sirviente tardó varios minutos en regresar. Cuando lo hizo su rostro continuaba siendo una máscara de piedra, aunque su voz resultó un tanto más amable cuando dijo:

—El señor conde le recibirá. Sígame, por favor.

Caminó tras el guía en lo que se le antojaron millas de pasillos, cruzando ante decenas de puertas cerradas.

Finalmente, el criado dio unos golpes discretos sobre una gran puerta de madera oscura. Una voz exclamó al otro lado:

—¡Entre!

Farrell cruzó el umbral y se encontró en un despacho de grandes dimensiones, con paredes formadas por enormes bloques de piedra, tapices y más cuadros.

El hombre que le miraba desde el otro lado de la mesa rondaría los cuarenta años, y sentado allí no parecía gran cosa físicamente.

La mesa debía atesorar centenares de años. La única concesión a las necesidades modernas consistía en una lámpara cuyas formas funcionales desentonaban allí de modo estrepitoso.

—Siéntese, señor Farrell.

—Gracias.

—Soy el conde Barany Según el sirviente se interesa usted por Cecil Conklin. ¿Es así?

—Ni más ni menos. Sé que estuvo aquí hace unas semanas. Quiero encontrarle, eso es todo.

—Si es para eso que ha venido aquí, mucho me temo que habrá perdida su tiempo. Conklin pasó unos días con nosotros… dos o tres, no estoy muy seguro, pero después se marchó y va no he vuelto a saber nada de él.

—Cuénteme cómo fue que Cecil viniera a residir aquí, aunque fuera por tan poco tiempo…

—La verdad es que yo hubiera deseado que su estancia fuera mucho más prolongada… No tengo muchas ocasiones de disputar unas partidas de ajedrez, y el señor Conklin era un jugador soberbio.

—Sí, ya sé lo bien que juega. Dígame, señor conde… ¿Cómo se marchó mi amigo, llamaron un taxi quizá?

—Mi chófer le llevó a la estación de Fairvale. Dijo que debía tomar un tren allí.

—Qué raro…

—No creo que haya nada de raro en su marcha, señor Farrell.

—No habría nada extraño, si Cecil no fuera un detective privado y no estuviera en este país en una misión importante… Localizar a una muchacha americana llamada Tracey Cobles.

—¿Tracey Cobles? No creo que haya oído nunca ese nombre, señor Farrell. Y ahora, si me disculpa, estoy muy ocupado.

Glenn se contuvo a duras penas. Sabía que aquel hombre le mentía, como le había mentido el conserje de la posada. Cecil jamás se habría marchado sin terminar un trabajo tan importante. Además, estaba aquella nota misteriosa…

—Un momento aún, conde. ¿Cómo y dónde conoció usted a Cecil?

—Fue durante una excursión… hablamos, salió a relucir el tema del ajedrez y de ahí vino todo lo demás.

—Por casualidad, ¿le dijo mi amigo adónde se dirigiría al salir de aquí y tomar ese tren en Fairvale?

—No lo mencionó concretamente, pero yo di por sentado que se disponía a regresar a América.

—Ya veo… y creo que miente usted, conde.

El aristócrata se puso rígido. Alargó súbitamente la mano y pulsó un botón que había junto a la lámpara.

—Alguien debería enseñarle modales alguna vez, señor Farrell.

La puerta se abrió a espaldas de Glenn. El conde le señaló, diciendo:

—Acompaña a este… caballero a la salida, Nagi.

—Volveremos a vernos, conde.

—Lo dudo.

Glenn se volvió. Esperaba ver junto a la puerta al criado que le introdujera antes, pero el que ahora aguardaba en actitud respetuosa era otro.

Un hombre delgado y alto en cuyo rostro unos nudillos muy duros habían dejado sus señales poco amables.

Glenn siguió al silencioso sirviente hasta la puerta de salida, después de recorrer otra vez aquel laberinto de pasillos y estancias.

Cuando el nombre tendía la mano hacia el tirador, Glenn dijo suavemente:

—Pensé que pillarías una pulmonía, compañero. El agua del puerto debía estar condenadamente fría cuando caíste a ella.

Notó la súbita rigidez del sirviente, y su esfuerzo para no alterar su cara de palo cuando se volvió.

—No comprendo, señor…

—¡Ya lo creo que comprendes! Estuviste jugando con un

cuchillo. Después llevaste la peor parte y acabaste de cabeza al mar…

El otro sacudió la cabeza obstinadamente.

Estaba sacudiéndola aún cuando Glenn le disparó la derecha.

El golpe sonó seco, tremendo, contra la frente del tipo.

Le vio girar los ojos en las órbitas y tambalearse.

No le dio tiempo a recobrarse. La zurda se hundió en el estómago y tras esto le cazó con un salvaje derechazo a la mandíbula.

Las piernas del sirviente empezaron a aflojarse antes de que hubiera podido devolver un solo golpe.

—Ahora tendrás algunas señales más en la cara, amigo…

Cuando se derrumbaba aún pudo conectarle otro cañonazo en plena cara que pulverizó su nariz y desencadenó una catarata roja. Tras esto, el hombre perdió todo interés por lo que sucedía en este mundo y se derrumbó, inconsciente.

Glenn miró en torno. La puerta estaba abierta de par en par y afuera no se veía a nadie.

Tampoco en el vestíbulo había nadie más que el sirviente desmadejado en el suelo.

De modo que tomando una determinación se encaminó a las escaleras que subían en amplia espiral, cerca del fondo, y las subió en cuestión de segundos.

Se encontró en un rellano al que desembocaban dos grandes pasillos. En el rellano había pesados cortinajes ocultando una puerta, y más allá se distinguían decenas de puertas en los pasillos.

La escalera se prolongaba hacia arriba, aunque a partir del rellano ya era una escalera vulgar.

Se disponía a encaramarse por ella cuando oyó una exclamación en el vestíbulo. Se mantuvo pegado al muro, atisbando hacia abajo.

El otro sirviente había descubierto a su compañero caído en el suelo y trataba de reanimarle.

Viendo que sus esfuerzos eran inútiles, optó por erguirse y pedir ayuda a gritos. Después cerró la puerta y esperó.

El primero en llegar fue el conde Barany, que dejó escapar una maldición nada acorde con su noble alcurnia y luego gruñó:

—¿Qué pasó aquí, Tesherak?

—No lo sé. Alguien le ha golpeado… el americano seguramente.

—Haz que recobre el conocimiento. Hay que buscarlo esté donde esté…

—¿El americano? Debo haberse largado a escape tras golpear a Nagi. La puerta estaba abierta de par en par cuando le encontré.

—Comprendo… ese individuo está resultando una pesadilla, Tesherak. Tal vez fuera conveniente que te ocupases de él personalmente…

—Lo haré.

Nagi comenzó a dar señales de vida y su compañero le levantó en vilo, dejándole de pie y tambaleándose.

—Bueno, ¿qué pasó, hombre, dónde está el americano?

—Escapó… supongo…

—¿Con qué te golpeó?

—No lo sé… de algún modo me reconoció, supo que fui yo quien le atacó en los muelles.

—¿Cómo…? Oh, comprendo… los hematomas que llevabas en el rostro.

—Eso fue sin duda.

—¿Qué fue Jo que dijo antes de irse? —Quiso saber el conde.

—No dijo nada, sólo se echó encima de mí golpeándome como un demonio…

—Tienes la nariz rota seguramente. Habrá que ocuparse de ella. Ven…

El sirviente se llevó a su camarada hacia el fondo del vestíbulo. Entro ellos no gastaban ceremonia alguna y el conde parecía estar al mismo nivel que sus criados.

No dejaba de ser algo asombroso.

Glenn se deslizó, escaleras arriba, silencioso como un gato. Había planeado ocultarse en el castillo hasta la noche, de manera que le quedaban largas horas de espera, de quietud… y de no poder fumar.

Todo un suplicio…

CAPÍTULO VIII

Después de dos horas largas en una especie de buhardilla en la que se acumulaban generaciones de polvo, la primera de las cuales debía remontarse a la época del primer conde Barany, Glenn comenzó a sufrir de impaciente claustrofobia.

Se había encaramado hasta la cumbre de una de las torres sin saber muy bien por dónde pudo llegar hasta allí. Bajo la techumbre vio una oscura oquedad y se deslizó por ella y allí estaba, tenso, impaciente y sumamente nervioso a causa de la prolongada quietud.

Fue esa impaciencia lo que le llevó a moverse y tratar de revisar los objetos que se acumulaban allí desde tiempos remotos, olvidados o desechados por inservibles.

Había desde recargados muelles casi desmenuzados por el tiempo y el abandono, hasta un baúl desvencijado dentro del cual se amontonaban antiguos vestidos de mujer con un impresionante despilfarro de tela.

En un rincón había una caja llena de libros antiguos, la mayor parte de los cuales habían servido de distracción a los ratones y estaban prácticamente destruidos.

Impresionantes telarañas colgaban por todas partes cual jirones de la niebla que en el exterior comenzaba a formarse sobre el mar, que él podía divisar por una rendija entre las piedras del mino, una especie de tronera estrecha por la que apenas pasaba una mano.

Se cansó pronto del examen de tanto cachivache inútil y volvió a sentarse cerca del agujero por el que se introdujera.

Y así llegó la noche, con húmedos jirones de niebla penetrando hasta el polvoriento interior. Entonces Glenn se deslizó fuera y descendió las escaleras cautelosamente.

La oscuridad en ellas era total, absoluta. Trató de orientarse para recordar el camino que había seguido para subir, pero pronto se dio

cuenta de que se había extraviado al hundirse por unos escalones macizos que resbalaban bajo sus pies.

Se detuvo, perplejo y preocupado. Confiado en el silencio absoluto que reinaba, se arriesgó a encender el mechero y dar un vistazo en torno.

Estaba en unas escaleras desconocidas que descendían en espiral hacia un profundo pozo negro cuyo fondo no distinguía. Las paredes rezumaban humedad y estaban recubiertas por extensas manchas de verdoso musgo.

Desde luego, antes no había pasado por ellas, de modo que retrocedió, encendiendo el mechero a intervalos.

Al fin desembocó en un pasadizo estrecho, de techo en forma de bóveda, que se prolongaba hacia su izquierda. El suelo estaba formado por grandes losas de piedra mal ajustadas.

Lo recorrió en toda su longitud. Al final dio con una puerta cerrada y unos escalones que subían hacia otro oscuro y remoto destino.

Tanteó la puerta y ésta giró suave y silenciosamente.

Se deslizó dentro con cautela, escuchando con todos los sentidos alerta.

No captó el menor ruido.

De pronto, un hedor muy peculiar le asaltó. Husmeó como un porro de caza.

Se le antojó el olor dulzón, pesado y casi mareante del cobre viejo. Empezó a notar un leve escalofrío al pensar en lo que ese hedor le recordaba.

Sólo había una cosa que oliera de semejante modo…

La sangre.

La sangre solía tener ese débil y dulzón olor a cobre.

Se pegó a la pared y una vez más accionó el encendedor de gas.

Estaba en una estancia cuadrada. En el centro de ella vio una mesa alargada de recias patas de madera incrustadas en el suelo.

De los extremos de la mesa colgaban unas gruesas correas de cuero, y en un extremo sobresalía un aro de metal.

Perplejo, se aproximó a la extraña mesa. Era de madera toda ella, con muestras de carcoma en toda su superficie rugosa.

Junto al aro metálico la madera era más oscura, con profundas manchas.

Glenn se echó atrás instintivamente al comprobar que las manchas eran de sangre reseca. De allí procedía el hedor que le había sorprendido.

Dando la espalda a la mesa miró en torno. Negros tapices colgaban cubriendo los muros. En un rincón, casi a ras del suelo, había un lecho amplio, y cerca de él, en la pared, un extraño cuchillo de afilada y cuna hoja.

El cuchillo se sostenía en unos garfios de hierro. Glenn lo tomó, examinándolo, porque se le antojó un arma mortífera, aunque muy poco práctica.

Al fin volvió a dejarlo en su lugar y volvió atrás, hacia la puerta.

Se negó a pensar en la utilidad que debía tener la siniestra mesa de madera. Una vez fuera de aquel antro subió los peldaños de la escalera que viera antes y repentinamente oyó voces y distinguió un breve retazo luminoso por debajo de una puerta.

Con inmenso cuidado se pegó a ella y escuchó. Las voces sonaban apartadas, profundas, como si llegaran desde el fondo de un pozo.

Se arriesgó a abrir la puerta lo suficiente para atisbar por ella. Vio una galería que terminaba en una pesada balaustrada de piedra. Más allá de la balaustrada había el vacío y la luz.

Abrió más la puerta y se deslizó por la abertura pegado al suelo. Cuando llegó a la baranda atisbó hacia abajo.

La galería se extendía a todo alrededor de un salón iluminado por candelabros eléctricos. En un extremo ardía un alegre fuego en la chimenea, y alrededor de una mesa, tres hombres y una mujer charlaban después de la cena.

Glenn fijó su atención en la mujer. Tenía la ventaja de que ella le daba la cara en su posición, de modo que pudo examinarla con todo detalle.

Y lo que vio le dejó sin aliento, paralizado de estupor.

Fue casi un choque físico el que sufrió. En un instante sintió arder sus sienes y su sangre, como si ésta circulara con renovado vigor. Fue incapaz de separar su mirada de aquel rostro de arrebatadora belleza.

Tenía una piel muy blanca y suave. Los ojos de un verde profundo, hondo, misterioso; enormes, rasgados. Las facciones no podían ser más perfectas de lo que eran, con una boca grande,

generosa, de dibujo suave, impecable, de labios turgentes y rojos como una herida sangrante.

Sus largos cabellos eran oscuros y tenían opacos brillos de metal pulido. Ceñía su cuerpo con una túnica verde, casi transparente, que disimulaba en parte las formas de su cuerpo majestuoso, pero que no podía ocultar la pujante y altiva curva de sus senos, ni la breve cintura que un cordón de seda ceñía hasta realzar la firmeza de las caderas.

Aquélla debía ser la mujer bellísima de que le hablara el profesor Keller. Ahora se daba cuenta de que todo cuanto Keller hubiera podido decir de ella era un pálido reflejo de la realidad increíble de su belleza exótica, dominante, arrebatadora.

Había quedado tan subyugado, casi hechizado mirándola, que apenas si distinguía las palabras que se pronunciaban allá abajo.

Hasta que de repente oyó el nombre de Conklin y volvió dolorosamente a la realidad.

El conde estaba diciendo:

—… Demasiado agotado. Apenas puede manejar las herramientas.

La mujer se estremeció visiblemente y sus ojos de diabólica belleza verde pareció que se volvían fosforescentes como los de un gato.

—Siendo así —runruneó—, ya no es necesario mantenerlo vivo…

El conde se encogió de hombros.

—Ya no importa —dijo mirando a la mujer.

—Entonces, esta noche, Zarkam.

—Aún puede trabajar esta noche. Mañana en todo caso, querida.

—No podre soportarlo tanto tiempo…

El conde esbozó un gesto de impaciencia y su voz se endureció:

—Habrás de soportarlo de todos modos. Tú, Tesherak, ya puedes irte. Y no regreses sin haber acabado el trabajo. Ese americano debe morir esta noche.

—Lo, haré, descuida.

Glenn ya no se asombraba ni siquiera de ver compartiendo la mesa del conde y la dama con los criados. Tampoco le produjo el menor efecto oír hablar de su propio asesinato que debería tener lugar esa noche.

Oyó la voz susurrante de la bellísima y exótica mujer y de nuevo prestó atención. Ella estaba diciendo:

—¿No podrías traerlo aquí, Zarkam? Es un hombre Inerte, sano, tú sabes lo que significaría para mí.

—Demasiado arriesgado tratándose de ese individuo.

Ella esbozó un gesto de desencanto.

—Como tú digas —susurró no obstante.

El sirviente Tesherak se levantó, murmuró una despedida y sin más trámite se fue camino de cometer un crimen.

Irónicamente, Glenn le deseó suerte en su cometido, porque sería una tarea imposible que pudiera localizarle en la posada.

De pronto, el otro criado. Nagi habló con voz distorsionada por el vendaje que le cubría la mitad de la cara.

Dijo:

—Si estás tan impaciente, puedes disponer de la mujer. No nos sirve de nada con su maldita histeria.

El conde dio un respingo.

—De modo que según tú no nos sirve de nada —replicó con ira —. ¿Dónde tienes los sesos?

La mujer comentó, despectiva:

—Pedirle a nuestro querido Nagi que además de músculos tenga también sesos es pedir que alcance una estrella con la mano…

—¡Cállate! —Bramó el aludido—. Yo sé lo que me digo.

Un seco gruñido del conde le hizo callar abruptamente y abatió la cabeza.

—Lo siento —susurró.

La mujer se levantó, majestuosa, increíblemente hermosa.

—Estoy cansada —dijo lánguidamente—. Cansada e impaciente por llegar a mañana.

Los hombres se levantaron y permanecieron rígidos hasta que ella hubo abandonado la estancia.

Entonces, el conde rodeó la mesa, se plantó ante Nagi y sin mediar palabra le abofeteó ferozmente.

—¡Estúpido del demonio! —Rugió con voz sorda—. Te advertí.

Nagi soportó el castigo sin mover un músculo.

Ni siquiera emitió una protesta.

El conde se esforzó por controlarse y ordenó:

—Comprueba que el trabajo del americano es satisfactorio. Para

eso supongo que aún sirves.

Cabizbajo, el sirviente se encaminó a la puerta sin una sola palabra de protesta.

Glenn corrió agazapado por la galería. Vio un portón y lo atravesó, asomándose a una amplia escalera.

Nagi apareció allá abajo. Caminaba despacio, hundido en profundos pensamientos al parecer.

Glenn empezó a descender con sumo cuidado. Le vio plantarse ame una pared y tantear las rugosas junturas de los bloques de piedra.

Al fin sonó un chasquido apenas audible y un pedazo de muro giró en completo silencio. Nagi se introdujo en la abertura y en un segundo el muro recobró su habitual apariencia.

Farrell acabó de descender las escaleras, pero una vez abajo tuvo el tiempo justo de agazaparse detrás de un recargado arcón antes de que el conde apareciera rumbo a las escaleras que él acababa de descender.

Suspiró cuando volvió a quedar solo, pero no se movió en absoluto. Esperó minuto tras minuto un tiempo que se le antojó interminable antes de que el sirviente volviera a aparecer a través de la abertura del muro.

Nagi comprobó que el salón estaba vacío y tras esto subió las escaleras, desapareciendo arriba.

Aún aguardó quince minutos. En la semipenumbra, sus nervios estaban tensos como cabios de acero. El silencio era absoluto.

Entonces se irguió, aproximándose al muro.

Sus dedos buscaron el resorte oculto que Nagi había accionado para abrir el muro. Cuando lo encontró la abertura ante él se le ofreció oscura y sombría.

De un salto estuvo al otro lado, viendo cómo se cerraba de nuevo. No tenía ni la más remota idea de cómo se abría desde el interior, pero eso en ese momento no le inquietó en absoluto.

Avanzó a tientas. De pronto, oyó el sonido del hierro contra la tierra y escuchó, orientándose.

No tardó en ver un rectángulo de luz amarillenta, casi a ras del suelo. Corrió silenciosamente y atisbo a través del agujero.

Lo que vio le dejó paralizado de espanto.

Cecil Conklin estaba allí, cavando apenas sin fuerzas en una

parte del revuelto suelo de la cueva.

Pero ya no era el Cecil que él conociera.

Ese que ahora tenía delante apenas conservaba de él más que las facciones huesudas. Por lo demás, era un puro amasijo de huesos y piel arrugada, casi una calavera viviente. En sus brazos y en el cuello mostraba numerosos vendajes adhesivos. Sus ojos estaban apagados y muertos, como si en el cuerpo ya no quedara fuerza alguna, apenas un soplo de vida.

CAPÍTULO IX

Tardó más de un minuto en asimilar la atroz visión de su compañero.

Después, se introdujo por el agujero irguiéndose al otro lado.

—Cecil —murmuró.

La ruina humana que manejaba la pala se volvió despacio, como si sus piernas apenas pudieran sostenerle.

—¡Glenn! —Jadeó—. ¡Dios bendito, Glenn!

Un sollozo rompió su voz y se desplomó.

De un salto, Farrell estuvo a su lado, sosteniéndole.

—¿Qué infiernos hicieron contigo, muchacho? —dijo, tratando de reanimarle—. Apuesto que te tuvieron a dieta todo este tiempo… ¡Cecil, maldita sea, responde!

Los ojos febriles le buscaron al fin, clavándose en su cara como dos dardos desesperados.

—¿Cómo pudiste llegar aquí… no sabes… no sabes…?

—Calma, muchacho. Hay tiempo.

—¡Te cazarán! Nadie puede huir de este pozo…

—A propósito de pozo. ¿Qué diablos estás cavando?

—Todas las cavernas… la cripta del castillo. Tengo que cavar… ¡Dios! He de terminar el trabajo… Se desprendió de Glenn y tambaleándose se puso de pie.

Farrell gruñó:

—¿Qué dices, Cecil, qué significa ese frenesí por seguir cavando?

—Me señalan un trozo de suelo y he de cavarlo en el tiempo señalado o… o la sacrifican a ella.

—¿A quién?

—Tracey…

—¿La tienen esos bastardos entonces?

Aquella ruina humana le miró sacudiendo la cabeza.

—¿Es que no lo sabes, no sabes lo que hacen con nosotros?

—Lo ignoro.

—Es de locos, Glenn… una pesadilla… —su voz se extraviaba. Comenzó a cavar de nuevo con sus débiles manos—. Son engendros del infierno, encamaciones del diablo, estoy seguro…

—¿Por qué dices eso?

—Porque es cierto.

Glenn le arrebató el pico de las manos.

—¡Ya basta, Cecil, atiéndeme! Quiero saber qué está cociéndose aquí para sacarte fuera.

—No lo conseguirás. Es imposible salir de aquí.

—Ya veremos. De momento, ¿para qué demonios te obligan a cavar toda esta tierra?

—Tierra y piedras… Hay un tesoro enterrado en alguna parte y ellos lo quieren. Está en estas catacumbas, pero no saben dónde, así que hay que remover todo el suelo… tú no sabes… las tumbas que he profanado… los huesos que esparcí por la tierra sin querer…

—Olvídalo. No fue culpa tuya. ¿Dónde tienen a Tracey?

Conklin se estremeció.

—Cava, Glenn —sollozó.

—¿Qué?

—Vendrán a comprobar si he cumplido lo que me señalaron. ¡Tiene que estar hecho, tiene que estarlo…! Por Dios, cava…

Impresionado a su pesar, Farrell refunfuñó:

—Está bien si eso ha de calmarte. ¿Hasta dónde debes cavar esta noche?

—Hasta ese rincón… y a esa profundidad.

—No es mucho.

—No para ti.

Comprendió y empezó a trabajar. Quince minutos más tarde había llegado al límite señalado.

—¿Y ahora qué?

Cecil se recostó contra la pared.

—Puedo descansar un poco… y a ella no la llevarán al altar.

—¿Adónde dijiste?

—Celebran ritos satánicos, Glenn… y ahora otra muchacha depende de mí. Si fracaso, si caigo extenuado, ella también pasará por la horrible experiencia.

Una súbita idea estalló en la mente de Glenn.

—¿Sabes cómo se llama esa otra muchacha?

—Vicky…

—¡Dios! Debí imaginarlo. ¿Dónde las tienen?

Cecil dirigió una mirada de terror hacia el agujero por el que Glenn había penetrado. Luego, jadeando, susurró:

—Ven, sígueme…

Se fue dando traspiés hasta que Farrell le sostuvo en vilo. Así se internaron por una oscura galería cuyo suelo era un revoltijo de tierra y piedras apenas transitable.

—¿Lo cavaste tú, Cecil?

—Sí… Ellos ya habían excavado el otro lado de este laberinto sin ningún éxito…

—¿Sabes en qué consiste ese tesoro?

—Un cofre, grande como un ataúd, dijeron. Enterrado en tiempos del primer conde Barany… no entendí nada.

De pronto se detuvo. Una corriente de aire frío azotó el rostro de Glenn, y cuando iba a preguntarle a su compañero de dónde procedía el aire. Cecil susurró:

—A tu derecha, Glenn…

Había una fina línea de luz en el pétreo muro.

Farrell miró a través de la grieta y lo que vio puso el frío de la muerte en sus venas.

Había dos mujeres sujetas a la pared de roca por sendas argollas cerradas en torno a la cintura.

Una era Vicky, y a excepción de la palidez de su rostro, no parecía haber sufrido ningún daño.

La otra, era Tracey Cobles.

O lo que quedaba de ella.

Si Cecil era sólo piel y huesos, Glenn estuvo dispuesto a admitir que de aquella mujer restaban sólo los huesos. Era un puro esqueleto de ojos hundidos y alucinados. Todo el peso de su cuerpo colgaba de la argolla, de otro modo hubiera caído al suelo.

—¿Qué le hicieron, Cecil? —susurró.

—¡Lo mismo que a mí… en sus ceremonias infernales…!

Sobre la arrugada piel de la muchacha, otrora fuerte, joven y bella, pudo vislumbrar también una gran profusión de aquellos parches adhesivos que llevaba Cecil.

Volvió a mirar hacia Vicky. Conservaba la entereza, a pesar de que cada vez que dirigía la mirada a su compañera de cautiverio el pánico parecía arremolinarse en sus ojos.

Farrell se echó atrás.

—¿Por dónde se llega a esa cueva dónde están las muchachas, Cecil?

—Hay una puerta más adelante, pero está cerrada y es de hierro… Ellos poseen la llave…

—La abriré. Ahora escucha, ¿eres capaz aún de vigilar y dar la alarma de algún modo si se acerca alguno de esos hijos de perra?

—No… no puedo, Glenn… tengo miedo… no podrás salir de aquí nunca más… te harán lo mismo que a mí… estamos condenados. Condenados a este infierno hasta la muerte.

—Deja de gimotear. Tú no le temías a nada en este mundo. ¿Qué diablos de cambio has sufrido?

—Tú no sabes…

—Espero que me ilustres en todo caso —rezongó Farrell, impaciente.

—Nunca lo creerías…

—Al diablo con eso. ¿Qué clase de heridas tienes bajo esos apósitos, Cecil?

—Ellos me las hicieron… en sus ceremonias… la bruja, Glenn… huye de ella…

—¿Qué bruja?

—Es hermosa, ¿sabes? Uno siente que le hierve la sangre al verla… y ella quiere esa sangre… Glenn, cada vez que me han llevado a ese antro de horror me han herido en el cuello, o en los brazos… y recogían mi sangre en un vaso de oro…

Su voz se ahogó en un terrible estertor, un quejido que pareció subirle desde el fondo de sus entrañas torturadas.

Farrell gruñó:

—Está bien, realizan ceremonias demenciales, pero ¿para qué demonios quieren la sangre?

—¿No comprendes, Glenn? Son monstruos… La beben. Viven de ella.

La revelación casi le hizo caer de espaldas, horrorizado como nunca en su vida lo estuviera.

CAPÍTULO X

—¿Hicieron lo mismo con Tracey? —jadeó cuando recobró la voz.

—¡Sí, sí…!

—No puedo entenderlo. Deben estar locos.

Cecil se había recostado contra el muro. Desde allí susurró:

—Vampirismo, Glenn… o algo así. Según ellos es una especie de culto.

—Desvarías, hombre. Todo esto es… Bueno, supongo que es una pérdida de tiempo discutirlo ahora. ¿Por qué mencionabas un espectro en tu mensaje, Cecil?

—¿Espectro? Supongo que tampoco crees que exista…

—¿Tú, sí?

—Lo vi… antes de meterme en la boca del lobo y dejarme cazar como un tonto. Una forma blanca, vagando por el acantilado.

—Pero no era un hombre… Lleva una túnica, Cecil. Yo también vi ese extraño fenómeno.

—¡Dios bendito! Entonces no estoy loco… esa cosa existe después de todo…

—Bueno, tómalo con calma. Me pareció una mujer envuelta en una túnica blanca, pero pudo tratarse de un efecto óptico producido por la niebla.

Cecil sacudió su cabeza, que apenas se sostenía sobre el delgadísimo cuello salpicado de vendajes.

—Es una aparición —susurró—. Algo diabólico…

—Bueno, nos ocuparemos de eso a su debido tiempo. Ahora muéstrame la puerta de que hablaste.

—Está ahí… en el recodo…

Antes de que Glenn pudiera replicar se oyó un sonido de pasos en la profundidad de las catacumbas. Cecil dejó escapar un breve quejido.

Farrell dijo en un susurro:

—Vuelve adonde estabas trabajando… no deben sospechar mi presencia aquí.

A trompicones, Cecil volvió sobre sus pasos.

Instantes después, Glenn, oculto en las tinieblas, oyó la voz burlona del conde.

—Te diste mucha prisa esta vez, yanqui. ¿Acaso para que las mujeres no sufrieran?

Hubo un murmullo ininteligible de Cecil. Glenn necesitaba de toda su fuerza de voluntad para no salir y matar a aquel engendro allí mismo.

Barany habló nuevamente.

—Celebro tu buena disposición, y como aún queda tiempo esta noche quiero que remuevas el suelo en ese otro rincón, bajo este saliente. Digamos… ¿dos horas, Conklin, puedes hacerlo en dos horas? Yo creo que sí. Y si fracasas, ya sabes…

Sonó una carcajada y un golpe, y un quejido, y después la risa del conde Barany se alejó.

Farrell corrió hacia donde estaba su compañero. Lo encontró caído en el suelo, con las manos cubriéndose el rostro.

—¿Qué hizo, te pegó, Cecil?

—Siempre lo hace… y no puedo más… no podré cavar más esta noche.

—Lo haré por ti. Necesitamos un poco de tiempo, que no sospechen nada aún. Ese trabajo estará hecho en quince minutos.

—Tú sí, Glenn… A veces me pregunto si todo esto no será una pesadilla.

—Cálmate, tiéndete ahí y descansa. Necesitarás andar si hemos de salir de aquí.

Tomó el pico, y maldiciendo a Barany comenzó a trabajar.

Unos minutos después, el pico golpeó contra una masa sólida. Se produjo un sonido agudo y Glenn se detuvo.

—Aquí hay algo muy dure… seguramente piedra —rezongó.

—Hasta ahora no había encontrado más que tierra.

Cavó más y los golpes retumbaron contra la roca. Se dedicó durante unos minutos a retirar la tierra, descubriendo una lisa superficie pétrea.

—¡Trae la luz, Cecil! —exclamó.

—¿Qué…?

—¡La luz, pronto!

Cecil descolgó el quinqué y lo aproximó al hoyo.

Farrell dijo:

—Es una especie de lápida, Cecil… Hay una inscripción barrosa sobre ella.

Febrilmente ahora cavó hasta descubrir por completo la larga losa de piedra.

—¿Tendrán razón esos bastardos y habrá un tesoro oculto aquí? —murmuró entre dientes.

—Ellos están seguros, Glenn… poseen un manuscrito que data de cientos de años atrás.

—Apártate.

Apalancó con el pico hasta remover la pesada piedra. Con un último esfuerzo que le arrancó cataratas de sudor, consiguió echar la roca a un lado.

Bajo ella apareció una profunda cavidad, y en ella, uno encima del otro, dos ataúdes de recia madera en perfecta conservación.

—¡Que me ahorquen…! ¿Estás viendo lo mismo que yo, Cecil? —jadeó.

—Sí… y siento escalofríos.

De nuevo manejó el pico para resquebrajar la tapa del ataúd superior. Cuando consiguió levantarla se quedó una vez más helado por la sorpresa, porque bajo la tapa de madera había otra de metal.

—¡Plomo! —gruñó—. Eso se pone cada vez más difícil.

—Déjalo, Glenn. Tengo, tengo miedo.

—¿Tú?

—He visto cosas horribles en este antro, Glenn, créeme. Esa gente no son humanos, no tienen ningún sentimiento…

—Eso no tiene nada que ver con lo que hay aquí, y sea lo que sea quiero verlo.

Examinó la tapa de plomo. Estaba soldada al resto del ataúd y no ofrecía ni un resquicio por donde atacarla.

—Bueno, nos queda tiempo hasta que vengan a echar un vistazo.

De modo que se dedicó a forzar aquella urna hermética procediendo con extremado cuidado. Con la punta del pico rasgó el plomo y al instante brotó un penetrante hedor que casi le echó atrás, como un golpe físico.

—¡Cuernos! —bufó—. Eso no es ningún tesoro.

—¡Déjalo, Glenn, por lo que más quieras! —susurró Cecil, acurrucado cerca del rincón.

Titubeó.

A juzgar por el hedor, aquello sólo podía contener los restos de un cadáver, una carroña nauseabunda. Pero eso resultaba casi increíble por cuanto si habían enterrado a alguien allí debió ser en una época remota… por consiguiente no debiera quedar del cuerpo ni siquiera el polvo.

Resueltamente, desgarró el plomo frenéticamente, como empujado por una fuer/a ajena a su voluntad. Finalmente, agarró la pesada tapa y tiró de ella hacia arriba.

—¡Acerca la luz! —balbuceó.

—Yo… no… me muevo de aquí, Glenn.

Con una maldición, Farrell tomó el quinqué y lo aproximó a la oquedad.

Lo que vio dentro del ataúd le hizo dar un brinco hacia atrás.

—¡Cecil! —Jadeó casi sin voz—. Acércate y mira. Quiero que lo veas, aunque sólo sea para convencerme de que no he perdido la chaveta yo también… ¡Ven aquí, maldita sea!

El esquelético Conklin se aproximó tambaleándose. No pudo contener un grito cuando miró al fondo del ataúd de plomo.

Un hombre reposaba en él. Un hombre de unos cuarenta años, de piel como pergamino, larga barba y cabellos negros como la tinta.

Tenía los ojos abiertos y quietos, semejantes a cuentas de vidrio. Sus manos estaban engarfiadas en torno a la empuñadura de la daga hundida en su pecho hasta la cruz.

Una daga cuya empuñadura Glenn había visto ya en un antiguo grabado…

La daga rematada por un diamante gigantesco, como no existiera jamás otro semejante.

Cecil emitió una especie de quejido agónico y se apartó a trompicones.

—Asombroso —murmuró Glenn—. Me pregunto cómo diablos consiguieron que se conservara así… a posar del maldito hedor que desprende. ¿Crees que es el cadáver del primer conde Barany?

—No quiero saber quién es… tápalo, Glenn…

—¿Viste ese puñal? Vale una fortuna.

—¡No lo toques!

—¿Qué demonios? Es sólo un cadáver.

—No sé lo que es… Está incorrupto, ¿no te das cuenta? Es como… como si sólo estuviera dormido. Y enterrado en un ataúd de plomo. ¡Déjalo, Glenn, por todos los santos!

—Tonterías.

Farrell dejó el quinqué en el suelo y sentándose en el borde de la fosa tanteó las manos que agarrotaban la daga.

Estaban frías como el hielo, tan frías que casi daban la sensación de quemadura. Acarició el enorme diamante al que la amarillenta luz arrancaba cegadores reflejos, como chispas de fuego.

—Es increíble —murmuró—. Y parece que todo el cuerpo está igual.

El cuerpo estaba vestido con un atuendo guerrero, seguramente en homenaje a sus hazañas en los campos de batalla. Presionando sobre las mallas, Glenn comprobó que bajo ellas la masa del cuerpo era sólida y rígida. Apenas podía dar crédito a semejante descubrimiento.

Volvió a tantear aquellas manos rígidas como si fueran de madera. Entonces, por algún extraño fenómeno pudo separarlas fácilmente del puñal, como si en unos segundos hubieran perdido su granítica rigidez.

La empuñadura, ahora que podía verla entera, era exacta a la del grabado, cuajada de pedrería. Ópalos de fuego llameaban en ella, y esmeraldas verdes como los ojos de una mujer hermosa, y rubíes chispeantes…

Con mano que temblaba, Glenn tiró del arma sacándola de la herida con facilidad. La hoja estaba perfectamente limpia, afilada y brillante.

—Y es de plata —jadeó—. Tal como dijo el profesor…

Un quejido a sus escaldas le hizo volverse en redondo.

—¿Qué te pasa, Cecil?

—¡No debiste… profanarlo de ese modo…!

—No he querido profanarlo en absoluto, muchacho.

Se desentendió de su compañero para examinar una vez más el puñal.

No cabían dudas respecto a su incalculable valor, tanto histórico como material. Y el gigantesco diamante valdría millones si alguien

lo lanzaba al mercado.

Sacudió la cabeza, asombrado por todo lo que estaba viviendo. Entonces, al mirar de nuevo el cadáver, un frío glacial culebreó por todos sus miembros.

En el borde del desgarrón que atravesaba las ropas, allí donde había estado hundido el puñal, habían aparecido unas diminutas gotas de sangre.

—¡Sangre roja, líquida!

En un cuerpo muerto centenares de años atrás.

Se levantó de un brinco, desbordado por el pánico.

—¡Cecil! —balbuceó.

—No quiero verlo otra vez.

—¡Ven aquí!

—¿Para qué? Ya lo vi antes…

—Tiene sangre, Cecil… en la herida. Y el puñal estaba limpio y brillante…

—¿Sangre? Deliras, Glenn.

Cecil se levantó al fin y se aproximó. Cuando comprobó que su compañero había dicho la verdad empezó a temblar como un azogado y retrocedió a trompicones.

—¡Es cosa del demonio, Glenn! —jadeó—. ¡Salgamos de aquí… pase lo que pase…!

—Por primera vez, viejo, creo que tienes razón… Vamos a largarnos tan pronto hayamos librado a las muchachas.

Insertó el puñal en su cinturón y se dirigió hacia la puerta de hierro, cuya cerradura tanteó sin poder apartar de su mente la horrenda imagen de aquel cuerpo diabólico, y aquella sangre líquida después de cientos de años de haber dejado de existir el cuerpo…

La cerradura era tan antigua como lodo lo demás en el castillo, pero por lo menos estaba aceitada y limpia. Una ganzúa realizó el trabajo de forzarla con suma facilidad.

Tras él, Cecil susurró:

—¿Qué crees que contiene el otro ataúd, Glenn, el que está debajo?

—Maldito si lo sé. Quizá el cadáver de la condesa. Tú oíste la historia del conde Barany de labios del profesor Keller… La condesa desapareció súbitamente. Quizá la enterró ahí después de matarla,

cualquiera sabe.

Abrió la puerta y entró en la caverna donde estaban las mujeres.

Un quinqué humeante pendía de un madero. A su luz, sintió de nuevo el horror ante la atroz visión de la que fuera joven y bella Tracey Cobles.

Vicky Keller exclamó:

—¡Señor Farrell! Gracias a Dios que ha venido usted.

—No levante la voz. ¿Por qué le secuestraron?

—Para obligar a mí abuelo a someterse… No comprendo muy bien qué se proponen, pero estaban asustados por la visita que hizo usted a casa…

—Ya veo…

Examinó los cercos de hierro que sujetaban a las muchachas contra el muro. Estaban asegurados con candados y tras unos forcejeos con varias ganzúas consiguió abrirlos.

Tracey se derrumbó sin una queja y Glenn hubo de cazarla al vuelo para que no se estrellara de cara contra el suelo.

Vicky murmuró:

—¿Qué le hicieron, señor Farrell, lo sabe usted?

—No le gustaría si se lo dijera… ¿Quiere atenderla mientras doy un vistazo al fondo de este antro? Quizá haya otra galería…

Pero no la había. Todo aquello era un cerco de roca viva, sin otro resquicio que la puerta y la estrecha tronera por donde viera a las cautivas la primera vez.

—Habrá que arriesgarse —rezongó volviendo atrás—. Saldremos por donde yo entre. Vamos.

Levantó el escuálido cuerpo de Tracey dándose cuenta que pesaba menos que un niño. Cuando echó a andar, la joven emitió un leve quejido, pero ni siquiera abrió los ojos.

—Vicky, ayude a Cecil, ¿quiere? Y manténganse siempre detrás de mí.

Cecil jadeó:

—No saldremos de aquí, Glenn… lo sé, es imposible.

—Recuérdamelo cuando estemos fuera, compañero. Vicky, ¿cree que podrá sostenerle si flaquea?

—Estoy segura de que sí, Farrell. Pero ¿qué pasará si esos criminales nos descubren?

—En ese caso alguien morirá —gruñó rechinando los dientes—.

Síganme.

Recorrió la corta galería hasta la caverna donde Cecil había estado cavando. El quinqué seguía junto a la doble fosa abierta, y Vicky llevaba el otro alumbrando el camino.

Glenn pensó que con dos luces siempre verían mejor que con una y fue a buscar el que utilizara antes.

Y allí se quedó, rígido, petrificado por el espanto que esta vez sí se adueñó de sus templados nervios. Un vivo temblor se apoderó de sus piernas y cuando recobró la voz jadeó:

—¡Cecil!

—¿Qué pasa?

—No está aquí… ha desaparecido.

—¿Qué ha desaparecido?

—El cuerpo… el cuerpo del conde Barany.

Cecil emitió un sonido ahogado con la garganta y se precipitó dando traspiés hacia Glenn.

Era cierto. El ataúd estaba vacío. El cuerpo incorrupto del guerrero había desaparecido.

CAPÍTULO XI

El conde apartó la mirada del rostro bellísimo de la mujer y gruñó:

—Esa muchacha debe continuar viva por un tiempo, de modo que quítate eso de la cabeza.

—¿Por qué? Zarkam… esta noche…

—Ella es la llave para mantener cerrada la boca del viejo. Hemos destruido su biblioteca, pero el maldito sabe de memoria la mayoría de libros que trataban de los Barany. Estudió hasta quemarse las pestañas todo lo referente a la familia.

—Entonces, mátalo.

—¿Y provocar la alarma, el pánico, la suspicacia de todo el pueblo? El profesor Keller es un hombre importante. La policía empezaría a meter la nariz donde no debe. Así es mejor. No dirá nada mientras su nieta siga en nuestro poder, viva.

—¡Zarkam, ésta es una noche sin luna…!

—Lo sé.

—¿El americano, entonces?

La voz de la mujer se había convertido en un suplicante murmullo.

El conde esbozó un gesto de ira mal contenida.

—Está bien —concedió—. Cuando acabe el trabajo que le asigné. Ella se irguió, majestuosa, increíblemente bella.

—Voy a prepararme —susurró—. Zarkam… esta noche… te amo…

Giró majestuosamente sobre los pies y salió de la estancia.

El conde lanzó una sarta de maldiciones con voz sorda.

En la puerta, sin ruido, apareció Nagi.

—Ya no puedes contenerla, ¿no es cierto?

Barany se volvió en redondo.

—¿Estuviste escuchando?

—Desde luego que sí.

Un chispazo de cólera relampagueó en los ojos malignos del aristócrata.

—Empiezo a pensar que cometí un error al asociarte en este negocio…

—El error lo cometerías si pensaras que puedes dejarme de lado. En cuanto a esa loca, ¿hasta cuándo vamos a soportarla? Me pone enfermo cada vez que pierde el control.

—Tan pronto encontremos el tesoro me libraré de ella. ¿Crees que la saqué del manicomio, y dediqué meses a sugestionarla, para que al final vaya a estropearlo todo por tus malditas tonterías?

—Bueno, hiciste un buen trabajo. Ella está convencida de que es una sacerdotisa de ese culto a su antepasado vampiro, o lo que fuera. Pero ha llegado a creérselo demasiado ya no puede soportar dos días sin su condenada ceremonia. Estoy harto, Zarkam. ¡Harto!

El conde le observó con el ceño fruncido.

—Muy bien —dijo—, entonces, baja a la cripta y cava. Cava hasta romperte la espalda. Así encontraríamos antes ese ataúd lleno de oro y joyas. Pero en lo que a mí atañe, no pienso quebrarme el espinazo manejando un pico.

Nagi hizo una mueca.

—¿Eso es lo que crees? Bueno, cuando hayas sacrificado al americano esta noche, ¿quién cavará? Porque tendrás que sacrificarlo de una condenada vez. Ella no se conformará ya en el estado en que se ha puesto…

El conde permaneció mudo. Tras unos instantes, se acercó a una mesita y preparó una bebida. Había varias botellas y vasos. Tras él, Nagi exclamó:

—Dame un trago, Zarkam. Quizá después me sienta mejor…

El conde tomó otro vaso. De entre sus dedos se desprendió una diminuta cápsula blanca que se mezcló con el licor.

—Ahí tienes —refunfuñó.

Nagi tomó el vaso y lo vació de un trago. El conde bebió del suyo despacio tras sentarse en una butaca.

En aquel instante, lejano, se oyó un tremendo golpe, un sordo estrépito de hierro y piedra que les hizo dar un salto.

El conde exclamó:

—¿Qué fue eso?

—Maldito si lo sé.

—¡Vamos!

Salió disparado de la estancia. Nagi le siguió y al llegar a la puerta dio un traspié. Estaba tan excitado, no obstante, que no reflexionó y continuó apresuradamente detrás de su cómplice.

No tardaron en ver el origen del ruido.

Una estrecha poterna de hierro que había al final de un tramo de escalones y que descendían a la bodega estaba abierta, materialmente arrancada de sus goznes.

Estupefacto, el conde balbuceó:

—¿Cómo han podido…?

—¡Está arrancada!

Nagi retrocedió. Hubo de apoyarse en la pared para sostener el equilibrio.

El conde se volvió.

—¿Qué te pasa, tanto te ha asustado que hayan abierto ese portalón?

—No… es otra cosa. La cabeza me da vueltas.

—Algo me ha sentado mal…

—Tal vez. Pero esa puerta. Zarkam… jamás había sido abierta. Revisé todo el castillo personalmente y no hubo modo de mover esa cerradura.

—Bueno, hay que encontrar al intruso sea como sea.

—¿Crees que se trata otra vez del americano?

—¿Farrell? Casi lo juraría… Pero, bueno, ¿qué te ocurre a ti?

A Nagi se le doblaban las piernas. Poco a poco se fue deslizando a lo largo del muro con una mueca de estupor en el rostro.

—¿Te sientes mal, Nagi?

La voz del conde resonó sarcástica hasta tal punto que Nagi levantó la cabeza.

—¡Maldito! —Chilló—. ¡Pusiste algo en el vaso…!

Hizo un terrible esfuerzo para levantarse, pero en cuanto perdió el apoyo del muro cayó de bruces. Rodó un par de escalones antes de detenerse, jadeando. El sudor resbalaba por su cara a chorros.

—¡Hijo de una hiena…! —Sollozó—. ¡Me has… envenenado…!

El conde se echó a reír.

—Ahí te equivocas, amigo mío. Sólo se trata de un narcótico paralizante… ¡Aún vivirás… un poco!

—¿Qué… qué…?

A Nagi se le cerraban los ojos. Sentía como si le hubiesen cortado las piernas y los brazos. No podía moverlos.

—Has cometido muchos fallos en poco tiempo —remachó el conde—. Y cometerías otros peores tan pronto te vieras con una fortuna en el bolsillo. Así es mejor. Y de paso, nuestra adorada Maguelonne podrá saciar sus ansias por un tiempo.

—¡NO!

El grito de Nagi resonó por el pozo de sombras que era la escalera. Luego, su voz se quebró, la cabeza le cayó a un lado y quedó inerte.

El conde le levantó, no sin esfuerzo, y arrastrándolo subió otra vez la escalera.

Apenas hubo desaparecido, una sombra blanca apareció en el hueco dejado por la poterna rota. Parecía flotar en el aire, arrastrando tan sólo los extremos de la holgada túnica que la cubría de la cabeza a los pies. Aquella cosa blanca comenzó a subir los peldaños sin ninguna prisa.

* * *

El conde soltó al inerte Nagi y la cabeza de éste rebotó contra el suelo.

Alguien abrió la puerta. Se volvió, alarmado, y no pudo evitar un suspiro de alivio al ver entrar a Tesherak.

Éste miró un tanto perplejo el cuerpo desmadejado de su socio.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Te dije que Nagi empezaba a estorbar. Y he decidido que ya era hora de hacer algo concreto al respecto.

—Entiendo. ¿Está muerto?

—Aún no, sólo paralizado. ¿Encontraste a Farrell?

—No. Zarkam. No estuvo en la posada en todo el día. Nadie sabe su paradero.

—Pues creo que lo tenemos aquí, Tesherak. Alguien ha reventado la poterna que da al acantilado. Sólo puede haber sido él, así que habrá que encontrarlo y pronto.

—Pero ¿cómo pudo abrir esa masa de hierro enmohecido?

—No lo sé. Se lo preguntaremos cuando le hayamos echado el guante. Ahora ayúdame a llevar a Nagi abajo, para que esté cómodo…

Tesherak frunció el ceño.

—¿Piensas ofrecérselo a esa bruja?

—¿Por qué no? Eso la mantendrá tranquila unos días… Y si entretanto hallamos el tesoro ya no importará después. Ella se quedará aquí y cargará con las consecuencias. Así evitaremos que nunca pueda reclamar lo que en buena ley es suyo, puesto que ella es la única descendiente viva de los Barany.

—Ya veo… Ese pobre Nagi andaba pidiendo a gritos que le apartásemos del negocio. Nunca vi a nadie tan estúpido.

Entre los dos cargaron el cuerpo inanimado. Minutos después entraban en el antro que olía a cobre y donde estaba la mesa de madera carcomida.

Colocaron a Nagi sobre la mesa y en un instante estuvo firmemente sujeto por las correas. La cabeza y parte del cuello del infeliz quedaban por encima del aro metálico que sobresalía del tablero.

Apenas se habían apartado de la mesa, la bellísima mujer de ojos alucinados apareció en la puerta y los dos hombres se volvieron en redondo.

Maguelonne se había enfundado en una leve túnica roja, tan transparente como un jirón de niebla. A través del etéreo tejido podía apreciarse toda la fabulosa belleza de su cuerpo desnudo.

Miró a la mesa y luego al conde.

—Nagi… —jadeó—. Es fuerte, sano. ¿No es mejor que el americano, débil y exhausto?

—Zarkam… te adoro…

Levantó la mano y mostró una gran copa de oro. La sujetó con las dos manos y avanzó como si estuviera en trance, los ojos desorbitados, los labios retraídos en una mueca escalofriante que dejaba al descubierto su afilada dentadura.

Con gestos lentos, solemnes, encajó la gran copa de oro en el aro metálico.

Tesherak hizo una mueca de disgusto.

—Voy a buscar al americano —susurró—. Debe estar buscando a su compatriota, extraviado en alguno de los pasillos.

El conde asintió con un gesto y sólo dijo en voz baja:

—Ten mucho cuidado. Mátalo en cuanto lo veas… es un hombre peligroso.

—Yo también lo soy.

Tesherak se fue, aliviado por librarse de la nauseabunda escena que se avecinaba.

En aquel momento. Nagi recobró el conocimiento. Sus ojos giraron en las órbitas y empezó a gritar como un loco.

* * *

Los gritos llegaron apagados hasta la sombría galería por donde se deslizaban Glenn Farrell y Cecil, con las dos mujeres.

—¿Oyes eso? —susurró Glenn.

—No quiero oírlo… lodo lo que deseo es abandonar este infierno de una vez.

—Espera… suenan a nuestra derecha. Yo creía que no había ningún desvío en este túnel. Por lo menos no lo vi cuando lo recorrí antes.

—Olvídalo, Glenn.

—Quizá haya otra salida. Te dije que desconozco cómo se abre la puerta del muro desde dentro… Espera aquí.

Vicky exclamó con voz contenida:

—¡No se vaya, Glenn, por favor…!

—He de reconocer el terreno. Si hubiera otra salida…

—Pero pueden descubrimos entretanto.

—Cecil, ¿crees que podrás manejar una pistola?

—Sí, eso aún puedo hacerlo, supongo.

Glenn sacó la poderosa «Luger» y se la entregó.

—No titubees si te sorprenden. Dispara primero y pregunta después.

—Pero tú quedas desarmado ahora…

—Tengo el puñal. ¿Lo olvidaste?

Se deslizó rápidamente en la dirección de donde había procedido el terrible alarido. Ahora, los gritos eran entrecortados, y a pesar de que sonaban lejanos y amortiguados por el laberinto del sótano, destilaban tal cantidad de horror, que Glenn sentía los escalofríos del pánico culebrear por todo su cuerpo.

Al fin, cuando ya creía haberse extraviado, vio a la luz del mechero unos escalones húmedos y unas paredes que rezumaban también humedad y estaban cubiertas de musgo.

Subió apresuradamente. En aquel momento oyó un espeluznante

alarido, algo infrahumano, un sonido demencial que parecía imposible que procediera de una garganta humana.

Echó a correr silenciosamente saltando los resbaladizos peldaños de tres en tres.

Repentinamente, una luz amarillenta apareció en una grieta del muro. Atisbo por ella y estuvo a punto de desplomarse de espaldas ante el horrendo espectáculo.

Sobre la mesa de sacrificios se agitaba espasmódicamente el cuerpo de un hombre, férreamente sujeto por las correas.

Junto a su cabeza se erguía la mujer que le hiciera hervir la sangre en las venas con su diabólica belleza. La mujer sostenía el cuchillo de extraña hoja que ya viera en su anterior visita a aquel antro, y el conde permanecía apartado, inmóvil y al parecer indiferente a lo que sucedía.

De la garganta del hombre atado a la mesa brotaba una catarata de sangre que iba a caer en una enorme copa de oro.

La mujer parecía estar sumida en un extraño trance, los brazos levantados mostrando el extraño cuchillo sucio de sangre, hierática, como si de pronto su cuerpo se hubiese vuelto de piedra.

El espanto dejó a Farrell inmóvil por un tiempo interminable, fascinado a su pesar por aquella salvaje ceremonia de un horror sin nombro.

Cuando reaccionó, la mujer levantaba la copa rebosante de sangre en lugar del cuchillo.

Glenn dio un salto hacia arriba hasta descubrir la puerta de aquel antro de horror. Entró como empujado por un resorte.

La escena quedó grabada de modo indeleble en sus retinas.

La copa de oro estaba ahora en los labios de la diabólica demente. Gotas de sangre le escurrían por la barbilla resbalándole hasta la túnica.

El conde se volvió en redondo. No pudo contener un grito de ira.

Glenn rugió:

—¡Quieta, bruja!

Se lanzó hacia ella, que le miró alucinada. De un manotazo le arrancó la gran copa de las manos y la sangre y el recipiente se fueron a rebotar contra el muro.

Ella profirió un alarido de bestia herida. Con un gesto increíblemente rápido atrapó el cuchillo que había quedado sobre el

pecho del desgraciado Nagi y trató de hundírselo en el cuello a Farrell.

Este hubo de esquivar velozmente. Luego, enfurecido, la golpeó.

La mujer trastabilló y pendió el cuchillo. El detective giró para enfrentarse al conde, pero éste había desaparecido.

—Bueno, harpía, creo que la función ha terminado —refunfuñó—. Te voy a dejar atada como un fardo para que no tengas más ideas semejantes…

Ella retrocedió, rechinándole los dientes como un animal salvaje. Rodeó la mesa poco a poco mientras Glenn la seguía con cierta cautela.

Al pasar junto a la colgante cabeza de Nagi sintió náuseas al ver el atroz desgarrón de su garganta. El cuerpo aún se estremecía en débiles espasmos.

Luego, ella se volvió para buscar la puerta.

Y se detuvo en seco, jadeando, gruñendo como una bestia.

Glenn sintió que le flaqueaban las piernas porque en el umbral estaba el guerrero que él había desenterrado.

El primer conde Barany.

Erguido, rígido, con una luz de fuego en sus ojos negros, su mirada infundía espanto, fija en Maguelonne como si de ella se desprendiera todo el poder del infierno.

De pronto, avanzó paso a paso. Las mallas que vestía emitían un leve sonido tintineante.

La mujer estaba igual que hipnotizada y un sonido gutural brotaba de su garganta.

El espectro llegó junto a ella.

En aquel momento, Glenn gritó:

—¡Deténgase!

En dos saltos estuvo a su lado. Obraba como un autómata incapaz de razonar, sin saber si aquello estaba sucediendo en realidad o todo ello era fruto de una pesadilla atroz.

El espectro apenas se volvió. Volteó el brazo y el golpe levantó a Glenn del suelo arrojándole contra la pared. Sintió cómo el pecho le ardía y apenas podía respirar y un velo turbio se había aposentado ante sus ojos. La fuerza de aquel golpe era algo irreal, como si le hubiese golpeado un martillo pilón.

Confusamente oyó de pronto una serie de aullidos de la mujer.

Sacudió la cabeza para librarla de su aturdimiento.

El espectro había atrapado a la loca entre sus garras y la doblaba hacia atrás, inclinándose al mismo tiempo.

De repente oyó un sonido nauseabundo. Un grito horroroso de Maguelonne, y cuando consiguió levantarse y aclarar la mirada vio la sangre desbordarse por la túnica roja, mientras el espectro seguía hundiendo más y más sus agudos colmillos en la blanca garganta de la diabólica mujer que sucumbía a su propia demencia.

Horrorizado, con un espanto como jamás sintiera, empuñó instintivamente la daga con empuñadura de piedras preciosas y se lanzó contra el espectro sin reflexionar, porque su cerebro era incapaz de elaborar idea alguna.

Descargó el arma una y otra vez, con tan salvaje fuerza que desgarró las mallas de metal como si hubieran sido simples tiras de seda.

El espectro soltó su presa y se volvió, tambaleándose.

La daga de plata se le hundió hasta la empuñadura en el pecho cubierto de mallas. Entró con suma facilidad.

Glenn, enloquecido, abandonó el arma y se echó atrás. Apenas lo habla hecho, el espectro se desplomó de bruces. Su cuerpo apenas produjo el menor ruido al golpear las losas de piedra donde agonizaba entre violentos espasmos aquella pobre loca que la ambición de los hombres había sugestionado hasta convencerla de que era la encamación del mal, la sacerdotisa de un culto de sangre.

Tambaleándose, Glenn se apoyó en la pared y vomitó sintiéndose morir.

Entonces, allá fuera, en alguna parte cercana, resonó la voz espeluznante del conde.

A trompicones, Farrell abandonó aquel lugar de pesadilla y subió las escaleras. Al final de ellas había una puerta.

La abrió.

El conde estaba derribado sobre una alfombra. Pataleaba débilmente y sobre él una forma blanca casi le cubría por entero.

En realidad, parecía que aquella cosa blanca consistía sólo en una túnica que la cubriera de la cabeza a los pies…

Luchando por salir de la momentánea parálisis de horror, vio llegar por el otro extremo de la estancia al furioso Tesherak blandiendo una pistola automática.

—¡Suéltelo! —rugió el forajido.

Aquella forma blanca no pareció oírle.

Tesherak se plantó a su lado en dos saltos y de un puntapié la apartó.

Lo que vio pareció convertirle en una figura de piedra.

También Glenn lo pudo ver entonces.

La túnica cubría una cabeza esquelética, de fauces rojas por la sangre que chorreaba de ellas. Era una visión demencial, porque aquella cabeza era una calavera que conservaba unos largos y afilados caninos, y una cabellera negra y larga.

De pronto, Tesherak comenzó a disparar bala tras bala contra la horrenda visión. Las balas agitaron la túnica. Entonces, aquella cosa, se puso en marcha en medio de los estampidos, el acre olor a pólvora y los gritos de Tesherak.

Tambaleándose, Glenn dio media vuelta y como un sonámbulo se alejó.

Oyó un chillido que murió en medio de un aterrador gorgoteo, y después silencio, y mil imágenes del averno cruzaron por su imaginación mientras buscaba una salida que le llevara junto a sus amigos, junto a la cordura.

Cuando menos lo esperaba desembocó en el vestíbulo a través de una puerta disimulada.

Cecil y las dos mujeres estaban allí como alelados, sin saber qué hacer. Tracey, inerte, se sostenía contra Vicky igual que una niña en busca de protección.

Fue Vicky la que primera recuperó el habla.

—¡Glenn! ¿Qué le ha sucedido… qué le pasa…? ¡Glenn, por el cielo, responda!

Les miraba. No podía creer que fueran reales, que pudiera aproximarse a ellos y sentir su afecto, su calor.

—¡Glenn!

Tenía las facciones desencajadas, la mirada desorbitada y temblaba de arriba abajo como azogado.

—Salgamos de aquí —gimió—. De este antro… antes que yo también me vuelva loco…

Cecil jadeó:

—¿Qué fue lo que viste?

—No lo sé… ¡Dios! No quiero saberlo… no quiero recordar…

¡Vamos, fuera, vámonos…!

Les empujó hacia la salida. La niebla les envolvió, pero ahora no se le antojó siniestra, sino protectora, como un manto que quisiera envolverles para sustraerles al espanto vivido, a la pesadilla del infierno que jamás podría olvidar.

Cecil sostuvo el cuerpo de Tracey Cobles, a quien el aire frío comenzaba a devolver la vida, Vicky se enfrentó con Farrell.

—Glenn… ¿Fue tan espantoso lo que vio?

—No sé lo que vi… No quiero saberlo…

Le apresó las manos entre las suyas.

—Nos ha salvado usted, Glenn… apóyese en mí. Yo soy aún fuerte, quizá porque no he visto ninguno de esos horrores que parecen haberle trastornado de ese modo.

Él se dejó llevar cuesta abajo. Poco a poco recobró la serenidad perdida y caminó junto a Vicky sostenido por las manos dulces y firmes a un tiempo de la muchacha.

De pronto, Cecil balbuceó:

—Y el otro ataúd. Glenn, ¿qué crees que contiene?

—El tesoro sin duda.

—O la condesa.

—No, ella no. La vi… era el espectro blanco. Allá abajo estaba el tesoro, estoy seguro.

—Bien, aunque así sea, no seré yo quien vaya a buscarlo. ¡Al infierno con él!

Vicky le rodeó la cintura con su brazo y susurró:

—Olvidaremos, Glenn…

Entre la niebla, se perdieron paso a paso esfumándose como cuatro fantasmas brotados del horror, la demencia y la muerte.

FIN



José María Lliró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp. Utilizó entre otros, los siguientes seudónimos: Burton Hare, Mike Cameron, Gordon Lumas.